

TERRAZAS

¡NO ES ASQUEROSO!

Grito que lanzará
toda conciencia honrada en vista de las razones y documentos
que respecto de la cuestión

A LA RCON-ICAZA

Y SUS ANTECEDENTES

EN LA CUESTION LABASTIDA-TERRAZAS

PUBLICA ESTE ULTIMO
QUIEN PRESENTA Á LA CONSIDERACIÓN
DE LOS SABIOS

Y A LA DE LA IGLESIA

SUS VERDADERAS IDEAS
ACERCA DE

LA CASTIDAD

PIDIENDO
UN DELEGADO AL SUMO PONTIFICE PARA QUE LE HAGA JUSTICIA
Y CORRIJA LAS DEFICIENCIAS
DEL GOBIERNO ECLESIASTICO EN MEXICO.

BX1428

T4

c.1



MEXICO.

TIP. GUTTENBERG, TACUBA 7.

Junto á la Botica de Bustillos.

1901.

48065

018

BX1428V

T4

C.1 x

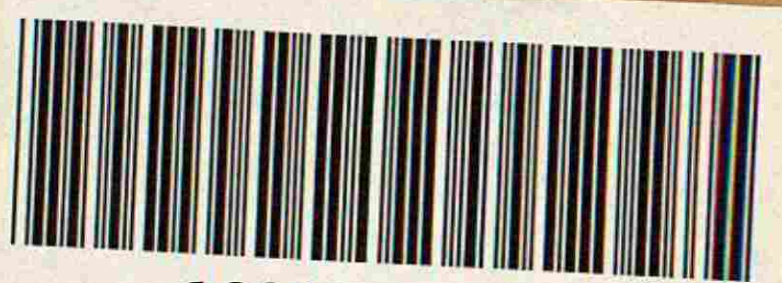
ALLI

18

18

18

18



1080023143



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERRAZAS

¡NO ES ASQUEROSO!

Grito que lanzará
toda conciencia honrada en vista de las razones y documentos
que respectó de la cuestión

ALARCON-ICAZA

Y SUS ANTECEDENTES

EN LA CUESTION LABASTIDA-TERRAZAS

PUBLICA ESTE ULTIMO
QUIEN PRESENTA Á LA CONSIDERACIÓN
DE LOS SABIOS

Y A LA DE LA IGLESIA

SUS VERDADERAS IDEAS
ACERCA DE

LA CASTIDAD

PIDIENDO
UN DELEGADO AL SUMO PONTIFICE PARA QUE LE HAGA JUSTICIA
Y CORRIJA LAS DEFICIENCIAS
DEL GOBIERNO ECLESIASTICO EN MEXICO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca de Verde y Tellez

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

MEXICO.

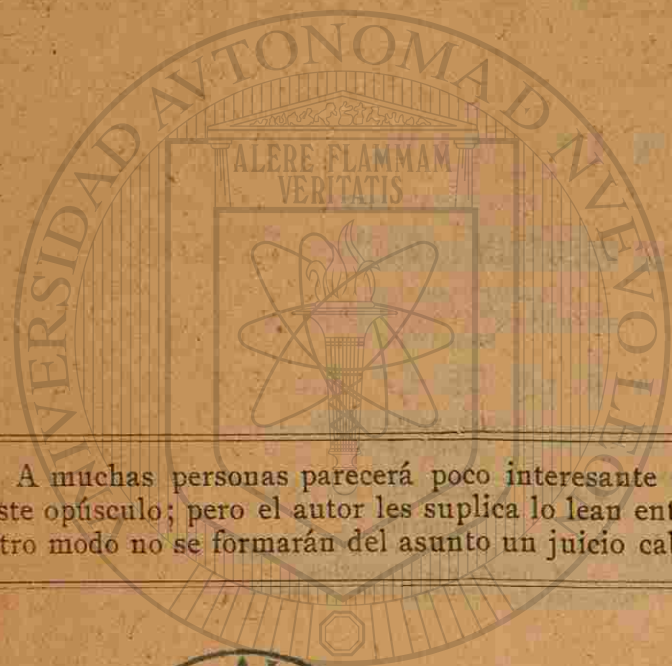
TIP. GUTENBERG, TACUBA 7.

Junto á la Botica de Bustillos.

1901.

BX 1428

74



A muchas personas parecerá poco interesante el principio de este opúsculo; pero el autor les suplica lo lean entero porque de otro modo no se formarán del asunto un juicio cabal.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Es propiedad literaria conforme á la ley.

A S. SANTIDAD EL SR. LEON XIII.

BEATÍSIMO PADRE:

Como delante de toda una nación me ha calumniado el Ilmo. Sr. Arzobispo de México, delante de toda ella debo defenderme y por ese motivo el libro adjunto se dirige al pueblo mexicano á quien constan los hechos públicos que refiero y que, tanto para Vos, como para la historia, me puede servir de festigo. Pero el libro fué escrito con tres fines. Uno el que mis hijos no se avergüecen de mi nombre; otro el quedar vindicado ante la historia, caso de que mi voz no llegue hasta vuestro s'olio, como parece que no llegaron documentos privados que os remití en tiempo de el anterior Prelado de México, iniciador de la guerra que el Ilmo. Sr. Alarcón continúa; el tercero, que conociendo las profundas llagas de la Iglesia en México, pongais el remedio en bien de tantas almas que, sin él, no volverán á su seno, ó se apartarán de ella, ó se resfriarán, viviendo en una infecunda mediocridad moral.

Pesa actualmente sobre la conciencia humana un exceso de autoridad, debido á los abusos de muchos superiores eclesiásticos y la reacción de la libertad se impone en las almas dignas en las cuales brilla la luz de la fé al mismo tiempo que la luz de la razón. Yo represento una de esas pocas y valientes personalidades á quienes *el medio* lastima, pero que no vence, y que tienen la serena audacia de decir á los poderosos: *con la conciencia humana no se juega*. Tengo en la mía que yo he puesto todos los medios ordinarios de acertar; y cuando en los mismos extraordinarios que creo haberme determinado Dios, recurro al Visitador que Vos enviásteis y al Prelado mío para que juzguen, *nada juzgan*, encerrado en el derecho de mi razón saco las consecuencias que creo más católicas, según lo que he aprendido en libros aprobados por la Iglesia.

El cardenal Gibbons ha dicho después, lo que yo vengo proclamando hace muchos años acerca de que "la confusión de las opiniones humanas con la verdad revelada y un sutil orgullo con las apariencias de celo por la ortodoxia, no busca otra cosa que el triunfo de sus propias ideas, por lo cual muchas veces se ha condenado algo sin estudio suficiente y sin dejar al pensamiento científico ó filosófico toda la libertad que tenía derecho á reivindicar" (1) En la teoría y en la práctica hé sostenido esta tesis de libertad, porque sin libertad el hombre no es nada, pues según S. Pablo es condición esencial de la verdad el *hacer hombres libres*.

Por la tiranía que sobre la conciencia han hecho pesar aquí algunos Prelados ha quedado destruida una grande obra que emprendí. Al demostrarlo, como lo demuestro en este libro, resalta una consecuencia y es que á veces la conciencia individual mira con más claridad que las multitudes y que puede darse el caso de que una conciencia tenga razón enfrente de la autoridad episcopal que la oprime. En este caso, para dirimir la contienda, ha menesterse que hable una autoridad superior á los dos, que es lo que os pido, su-

(1) "El Tiempo" del último Agosto.

012018

plicandoos enviéis un Delegado que examine sobre el terreno hechos y también documentos y testigos que no podrían ir á Roma.

Uno de los puntos muy interesantes de la averiguación es el relativo á los brillantes esclarecimientos que creo haber logrado respecto del punto delicadísimo de la castidad. El Ilmo. Sr. Alarcón y los que me calumnian se han valido de la imposibilidad en que estoy de sacar á plaza los secretos que muchas conciencias me han confiado para calumniar la dirección espiritual que les he dado. Como comprendéis, Santísimo Padre, no me es posible poner las almas en los casos que se me han presentado, á la espectación pública, haciendo de ellas como si estuviéramos en un anfiteatro médico anatomía de sus grados de castidad. Con el esfuerzo intencional por hacer bajar á algunas almas del grado altísimo que les hice alcanzar, mucho se ha perdido para la exactitud de la averiguación que, como aquí lo demuestro requería la permanencia de su estado espiritual y psíquico para que lo pudieran describir.

Me he creído con una *misión* y la actividad de mi inteligencia y los ardientes vuelos de mi amor, sacando deducciones de lo que siento en mí que constituye su esencia, quizá me hayan inducido á ir demasiado lejos en la comprensión de su radio. Si en esto me he equivocado ha sido una equivocación generosa, porque todo lo he sacrificado á este pensamiento: *el hombre debe ser siempre digno y por seguir lo que cree ser voluntad de Dios, todo lo debe sacrificar*. De todos mis sacrificios, el más doloroso que he hecho, es el de mi familia.

Una voz interior me dice que si en la extensión de mi misión puedo haberme equivocado, no me equivoco respecto á que, al resistir individualmente á la absorción de mi *yo* en el panteísmo de una sumisión incondicional, con mis martirios doy un grande ejemplo en la historia personificando una altísima verdad y un sacratísimo derecho.

Siento con la mayor evidencia que el exceso de autoridad ha impedido en mí y en muchos otros el desarrollo de nuestras facultades y mi conciencia levanta altísima protesta, principalmente ante Dios, que es el único que juzga íntimamente los corazones. Si parece que en este libro digo mucho, no es cierto. Me iré á la otra vida con grandes y dolorosísimos secretos. Por si este es mi último escrito, hago en él profesión de fé católica y de especial y tiernísimo amor á la VIRGEN DE GUADALUPE; y, apartando lo poco que en este libro se haya deslizado de pasión, todo lo demás LO JURO por la salvación eterna de mi alma.

Al hablar de mi Prelado no quisiera usar las palabras *falsedad, engaño, calumnia*; pero no puedo cambiar el nombre de las cosas. La persecución que encabeza procura aislarme y quitarme de tal modo todo elemento de vida, aun material, que me obliga á la defensa. Siendo él tan poderoso, no tengo más alternativa que envilecerme vendiendo mi conciencia, ó procurar el pan de mis hijos en un combate honrado en que salve sus intereses junto con el honor.

De V. Santidad B. LL. PP. como á Vicario de Cristo.

J. JOAQUIN TERRAZAS.

Antecedentes de la cuestión Alarcón-Icaza en la cuestión Labastida-Terrazas. Abandono el campo meramente político por sostener con mejor éxito la lucha religiosa.

Los antecedentes de la cuestión Alarcón-Icaza se encuentran en la cuestión Labastida-Terrazas. Por este motivo es indispensable refrescar algunas especies y traer á colación hechos poco conocidos.

No se puede tocar la cuestión Labastida-Terrazas sin tocar candentes cuestiones políticas. Al hacerlo debo formular una declaración importante y que me dicta la más exquisita prudencia. No retiro nada de los principios políticos que he sustentado, porque permanezco en las mismas convicciones; pero por haberse suscitado una cuestión religiosa que las absorbe y domina y por la imposibilidad en que la política de los Prelados me ha puesto de llevarlos á la práctica, declaro que entro en estos antecedentes solo por vía de historia.

He venido luchando con dos enemigos formidables: la influencia de los Prelados y ciertos elementos políticos demasiado pujantes. Si en mi actual y personalísima defensa esos elementos viesan una tendencia más ó menos embozada para conservar determinado prestigio y hacerme director de una evolución política, como franca y valerosamente lo pretendí en la primera época del «Reino Guadalupano,» crecería el poder y los elementos de la guerra que en el campo católico se me hace. Me retiro, pues, del palenque exclusivamente político por tres razones: la primera, porque más que nada, me interesa defender el principio de libertad de conciencia, según la Iglesia lo entiende, el cual está hoy seriamente atacado por la opresora política de algunos Prelados; la segunda, porque conducta necia sería si he desistido de toda acción política, el provocar contra mí elementos que compliquen más la lucha, ya de suyo formidable, que sostengo, con los desmanes de mi Prelado, no con la Iglesia de la cual soy hijo; la tercera, porque si en estas cuestiones llega á intervenir un Delegado del Papa, no quiero que ciertos Prelados acomodaticios me acusen como me acaba de acusar «El País» de que soy un elemento perturbador de planes que por mi parte considero perfectamente irrealizables.

Veo muy ciegamente empeñados á ciertos prohombres católicos en esa falsa política de conciliar lo inconciliable á que me opuse con todas mis fuerzas y ahora me cruzo de brazos y les dejo la triste propiedad y la responsabilidad aciaga de los presentes y de los futuros y más vergonzosos desastres.

No es, pues, una transacción la que hago con el partido liberal á quien he combatido toda mi vida, sino una simple abstención práctica y un acto de necesaria salvaguardia personal. A los liberales de mejor inteligencia y de mejor intención y que, de verdad amen la libertad de conciencia, los invito á estudiar detenidamente lo importante y trascendental de mi labor liberativa en el puro orden religioso. Ellos no admiten el criterio de la revelación; yo sí; ellos no admiten la autoridad de la Iglesia; yo sí; pero si tienen buena

plicandoos enviéis un Delegado que examine sobre el terreno hechos y también documentos y testigos que no podrían ir á Roma.

Uno de los puntos muy interesantes de la averiguación es el relativo á los brillantes esclarecimientos que creo haber logrado respecto del punto delicadísimo de la castidad. El Ilmo. Sr. Alarcón y los que me calumnian se han valido de la imposibilidad en que estoy de sacar á plaza los secretos que muchas conciencias me han confiado para calumniar la dirección espiritual que les he dado. Como comprendéis, Santísimo Padre, no me es posible poner las almas en los casos que se me han presentado, á la espectación pública, haciendo de ellas como si estuviéramos en un anfiteatro médico anatomía de sus grados de castidad. Con el esfuerzo intencional por hacer bajar á algunas almas del grado altísimo que les hice alcanzar, mucho se ha perdido para la exactitud de la averiguación que, como aquí lo demuestro requería la permanencia de su estado espiritual y psíquico para que lo pudieran describir.

Me he creído con una *misión* y la actividad de mi inteligencia y los ardientes vuelos de mi amor, sacando deducciones de lo que siento en mí que constituye su esencia, quizá me hayan inducido á ir demasiado lejos en la comprensión de su radio. Si en esto me he equivocado ha sido una equivocación generosa, porque todo lo he sacrificado á este pensamiento: *el hombre debe ser siempre digno y por seguir lo que cree ser voluntad de Dios, todo lo debe sacrificar*. De todos mis sacrificios, el más doloroso que he hecho, es el de mi familia.

Una voz interior me dice que si en la extensión de mi misión puedo haberme equivocado, no me equivoco respecto á que, al resistir individualmente á la absorción de mi *yo* en el panteísmo de una sumisión incondicional, con mis martirios doy un grande ejemplo en la historia personificando una altísima verdad y un sacratísimo derecho.

Siento con la mayor evidencia que el exceso de autoridad ha impedido en mí y en muchos otros el desarrollo de nuestras facultades y mi conciencia levanta altísima protesta, principalmente ante Dios, que es el único que juzga íntimamente los corazones. Si parece que en este libro digo mucho, no es cierto. Me iré á la otra vida con grandes y dolorosísimos secretos. Por si este es mi último escrito, hago en él profesión de fé católica y de especial y tiernísimo amor á la VIRGEN DE GUADALUPE; y, apartando lo poco que en este libro se haya deslizado de pasión, todo lo demás LO JURO por la salvación eterna de mi alma.

Al hablar de mi Prelado no quisiera usar las palabras *falsedad, engaño, calumnia*; pero no puedo cambiar el nombre de las cosas. La persecución que encabeza procura aislarme y quitarme de tal modo todo elemento de vida, aun material, que me obliga á la defensa. Siendo él tan poderoso, no tengo más alternativa que envilecerme vendiendo mi conciencia, ó procurar el pan de mis hijos en un combate honrado en que salve sus intereses junto con el honor.

De V. Santidad B. LL. PP. como á Vicario de Cristo.

J. JOAQUIN TERRAZAS.

Antecedentes de la cuestión Alarcón-Icaza en la cuestión Labastida-Terrazas. Abandono el campo meramente político por sostener con mejor éxito la lucha religiosa.

Los antecedentes de la cuestión Alarcón-Icaza se encuentran en la cuestión Labastida-Terrazas. Por este motivo es indispensable refrescar algunas especies y traer á colación hechos poco conocidos.

No se puede tocar la cuestión Labastida-Terrazas sin tocar candentes cuestiones políticas. Al hacerlo debo formular una declaración importante y que me dicta la más exquisita prudencia. No retiro nada de los principios políticos que he sustentado, porque permanezco en las mismas convicciones; pero por haberse suscitado una cuestión religiosa que las absorbe y domina y por la imposibilidad en que la política de los Prelados me ha puesto de llevarlos á la práctica, declaro que entro en estos antecedentes solo por vía de historia.

He venido luchando con dos enemigos formidables: la influencia de los Prelados y ciertos elementos políticos demasiado pujantes. Si en mi actual y personalísima defensa esos elementos viesan una tendencia más ó menos embozada para conservar determinado prestigio y hacerme director de una evolución política, como franca y valerosamente lo pretendí en la primera época del «Reino Guadalupano,» crecería el poder y los elementos de la guerra que en el campo católico se me hace. Me retiro, pues, del palenque exclusivamente político por tres razones: la primera, porque más que nada, me interesa defender el principio de libertad de conciencia, según la Iglesia lo entiende, el cual está hoy seriamente atacado por la opresora política de algunos Prelados; la segunda, porque conducta necia sería si he desistido de toda acción política, el provocar contra mí elementos que compliquen más la lucha, ya de suyo formidable, que sostengo, con los desmanes de mi Prelado, no con la Iglesia de la cual soy hijo; la tercera, porque si en estas cuestiones llega á intervenir un Delegado del Papa, no quiero que ciertos Prelados acomodaticios me acusen como me acaba de acusar «El País» de que soy un elemento perturbador de planes que por mi parte considero perfectamente irrealizables.

Veo muy ciegamente empeñados á ciertos prohombres católicos en esa falsa política de conciliar lo inconciliable á que me opuse con todas mis fuerzas y ahora me cruzo de brazos y les dejo la triste propiedad y la responsabilidad aciaga de los presentes y de los futuros y más vergonzosos desastres.

No es, pues, una transacción la que hago con el partido liberal á quien he combatido toda mi vida, sino una simple abstención práctica y un acto de necesaria salvaguardia personal. A los liberales de mejor inteligencia y de mejor intención y que, de verdad amen la libertad de conciencia, los invito á estudiar detenidamente lo importante y trascendental de mi labor liberativa en el puro orden religioso. Ellos no admiten el criterio de la revelación; yo sí; ellos no admiten la autoridad de la Iglesia; yo sí; pero si tienen buena

fé, si no es mentira que aman la libertad, aunque no acepten en total mi labor, con tantos sacrificios emprendida, debieran ver en ella una gran conquista y un avance trascendental del espíritu humano.

Los católicos pensadores á su vez deben ver en mi actitud un esfuerzo en pro del desarrollo de la divina gracia en el seno de la Iglesia, pues la gracia no puede desenvolverse si se niega el sujeto sobre que recae, ó sea la personalidad humana, absorbida, aniquilada, sin libertad alguna, hecha *cosa* y juguete de la autoridad por medio de la sumisión incondicional.

Sin retractar, como he dicho mi antigua gestión, me coloco en el terreno en que estaban colocados los primeros cristianos, que no hacían política en manera alguna. Proclamo y lo proclamo en voy muy alta, la necesidad de una reformatión en las costumbres de los católicos para que por virtudes reales y sólidas hagan respetar su credo y atraigan por el ejemplo á los enemigos de la Iglesia.

Dicha esta palabra preliminar, entro en materia.

II

*El clero siguiendo mi impulso.—Organización que daba á los católicos.—
Ligas del Illmo. Sr. Labastida con los enemigos de la Iglesia.—Plan de él y de el P. Plancarte para arrancarme la bandera guadalupana.*

En la primera época de «El Reino Guadalupano» pretendí de parte de los católicos mexicanos una lucha semejante á la de los católicos alemanes. Intenté é iba llevando muy adelante, como es notorio, la organización del partido católico. Había levantado como bandera á la Virgen de Guadalupe y fue con tal éxito que al influjo de esta idea, hoy echada á perder, los pueblos se pusieron en pie agrupándose en torno mío y resistiendo á lo que se ha llamado *la conquista pacífica*. Mil actas de adhesión publiqué en «El Reino Guadalupano» y diversos Obispos como el Illmo. Sr. Carrillo y Ancona y el Illmo. Sr. Portillo me seguían.

El sentido del movimiento lo indica entre otros, el sermón del Sr. Canónigo Parga publicado en «La Voz de México» y predicado el 17 de Abril de 1887 en el cual se hablaba del pensamiento mío como de una «EXPRESA INSPIRACION DE DIOS.» Mi idea de lucha abierta se iba abriendo paso y decía el Sr. Parga lo siguiente:

«Dios, no me canso de repetirlo, Dios es quien conduce aquí á la nación mexicana [hablaba en la nacional Colegiata de Guadalupe]; Dios quien la advierte de un modo palpable, que aquí, ó en ninguna parte, será curada DEL CÁNCER que devora sus entrañas, será libertada (lectores! . . . mucha atención) *de las cadenas con que intenta arteralmente y en son de pacífica conquista aherrojarla su mortal y poderoso enemigo el coloso del Norte, pues de aquí es donde mi fé me dice que ha de partir la piedrecilla que desmenuzará sus pies de barro.*»

En este movimiento que yo encabezaba, el Illmo. Sr. Labastida siguió una política equívoca, por que tenía otras ligas y otros designios. ¿Qué ligas eran, ó al menos, qué temores lo maniataban? Dígalo su no publicación de la Encíclica de S. Santidad en contra de la masonería

El y el P. Plancarte concibieron el proyecto de hacer su falso movimiento guadalupano á fin de arrancar de mis manos la dirección de este; y con tal propósito para deslumbrar á los pueblos, idearon la Coronación.

Obligado á la brevedad omito mil noticias interesantes y digo tan solo que en este designio el Illmo. Sr. Labastida se entendía secretamente con los enemigos de la Iglesia como lo tengo demostrado en el opúsculo «Trabajos antipatrióticos de la masonería» y en la obra «La lucha patriótica», de la cual solo he regalado unos veinte ejemplares.

Muchas veces los periódicos liberales indicaron que el Prelado estaba disgustado conmigo, y por fin «El Partido Liberal» manifestó que con los Prelados y no conmigo se arreglaría la cosa. A esta serie concatenada de datos me refería yo en «El Reino Guadalupano» de 12 de Julio de 1888 cuando decía *ESTO QUE ESTA EN LETRAS DE MOLDE, NOS REVELA QUE HA DE SER CIERTA LA NOTICIA QUE HABIAMOS RECIBIDO DE BUENA FUENTE RESPECTO DE REPETIDAS AGENCIAS DEL GOBIERNO PARA QUE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA NOS IMPUSIESE SILENCIO.*»

Los liberales á quienes yo combatía hicieron un movimiento habilísimo correspondido torpísimamente por parte de los Prelados, que les dieron gusto. Sin ruido, sin comprometerse, logrando un inmenso descrédito para éstos, desbaratando la inmensa organización que yo iba llevando á cabo, haciendo imposible para lo futuro la realización de mi pensamiento guadalupano, empujaron al Illmo. Sr. Labastida á que me presentase como rebelde á la autoridad eclesiástica, con lo cual la cuestión guadalupana cambió completamente de faz y de sitio.

Los Prelados llenos de un inmenso servilismo condenaron mi obra. Ellos, que habían dejado penetrar en sus rebaños el protestantismo, el indiferentismo y que como uno de ellos confiesa han dejado en algunos pueblos reinar hasta *la idolatría*, se unieron contra mí en una unanimidad que será el escándalo de la historia eclesiástica.

En carta que me escribía el Sr. Canónigo Novoa, de Zamora, me decía que mi periódico tenía una fuerza secreta para moralizar y transformar á los pueblos. Acierta U., pone «el dedo en la llaga» me escribía el Illmo. Sr. Portillo. «Toda la nación está pendiente de U. y besa y bendice las cadenas con que lo ha condecorado la persecución anticristiana.» me decía el Illmo. Sr. Carrillo y Ancona en carta que publiqué en «El Reino Guadalupano» de aquella época. . . ¡Sin embargo! ni un solo Prelado dejó de condenar *lo mismo que habían aprobado y aplaudido*. En la reseña que hago vertiginosamente dejo pasar mil acontecimientos importantes y llego al punto de lo que fue materia de la injusta condenación.

III.

Mis sacrificios por la paz con el Ilmo. Sr. Labastida. — Condensación de las ideas netamente católicas de mi Manifiesto guadalupano. — La masonería moviendo al Prelado.

Cuando el Ilmo. Sr. Labastida me quitó el derecho de confesarme con cualquier sacerdote, hice todos los esfuerzos de prudencia por buscar la paz y evitar el escándalo, á cuyo fin suprimí mi periódico, único elemento que para vivir tenía, y publiqué una hoja intitulada *Sumisión Católica*. El gran efecto que produjo entre los católicos obligó al Ilmo. Sr. Labastida á aparentar imparcialidad nombrando para que la calificase el P. D. M. Solé que me aborrecía y el cual declaró que era yo cada vez más digno de condenación.

En la *Sumisión* constaba el «Manifiesto» que como resumen y esencia de mi programa había yo dado á mis seguidores. He aquí lo que fue condenado, he aquí los 24 puntos de que se componía el referido Manifiesto:

1º «No poner obstáculos á las obras de la Colegiata ni de obra ni de palabra, y seguir contribuyendo para ellas sin olvidar jamás el *Centavo de Nuestra Señora*, que debe dar todo mexicano católico.» *¿Era de retractarse?*

2º «Rogar por los Pastores en general y especialmente por los que sean particulares nuestros, dándoles parte en una virtud diaria.» *¿Era de retractarse?*

3º «Hacer obras, no sólo de virtud obligatoria, sino de supererrogación.» *¿Era de retractarse?*

4º «Acercarse á los Pastores y rogar á ellos y á Dios que como una compensación á tanta deficiencia espiritual, México tenga la gloria de promover en el mundo católico que sea declarado dogma de la fé la *Asunción de María á los cielos* lo cual será la *CORONACION ESPIRITUAL* de *MARIA DE GUADALUPE* en el mundo entero. Mientras los Pastores dictan providencias, proponerse los individuos bajo juramento defender esa verdad. Este movimiento es salvador; no puede perecer una nación donde comienza este aumento de gloria para María.» *¿Era de retractarse?*

5º «Mandar cartas privadas á los periódicos católicos siempre que el lector note algo inconveniente, y sitiarlos de este modo para que se enmienden ó borrar de su suscripción cuando sean rehacios.» *¿Era de retractarse?*

6º «Desautorizar siempre y á todas horas la prensa irreligiosa, no contribuyendo á su circulación por ningún motivo, y lanzar la excomunión social sobre los impíos.» *¿Era de retractarse?*

7º «Cuidar escrupulosamente de la inocencia y de la educación de los niños, haciéndoles concebir, lo mismo que á las mujeres, el gran papel que desempeñan por la oración, en la vida interior de la Iglesia.»

8º «Santificar las fiestas y hacerse violencia para no frecuentar, mientras se hace el debido *contrapeso*, ni las diversiones lícitas.» *¿Era de retractarse?*

9º Prescindir de la emulación y rodear en cada Estado, en cada ciudad, en

cada pueblo, al hombre eclesiástico ó seglar, que vaya dando muestras de mejor intención católica.» *¿Era de retractarse?*

10 «Promover la devoción y las consagraciones colectivas á los Sagrados Corazones de Jesús y de María.» *¿Era de retractarse?*

11 «Dedicarse los directores con mayor empeño á las almas que aspiren á la perfección, y buscar éstas á su vez aquellos directores que las pueden elevar á ella, consagrando, según las fuerzas, una hora expiatoria, un día, un mes en el año ó más en pro de la patria. Una alma que aspira á la perfección, dice Santa Teresa, vale por millones de otras.» *¿Era de retractarse?*

12 «Cuidar de la educación de los indios, fomentar en ellos las vocaciones sacerdotales y hacerlos intervenir como parte esencial en las peregrinaciones, &c.» *¿Era de retractarse?*

13 «Sin cometer ningún acto reprobado por la moral, dificultar aquí la vida á los americanos.» *¿Era de retractarse?*

14 «Desenvolver el espíritu parroquial, prefiriendo la asistencia á la parroquia sobre los otros templos, conforme al espíritu de la Iglesia, y resucitando las cofradías antes establecidas.» *¿Era de retractarse?*

15 «Organizar los gremios de artesanos á la sombra de los párrocos y conforme lo aconseja León XIII.» *¿Era de retractarse?*

16 «Sofocar cada familia honrada, en los pueblos, esa versatilidad y esas pasiones que los mantienen en guerra con sus párrocos.» *¿Era de retractarse?*

17 «Procurar los hacendados tener llenos de consideraciones y con dotación decente capellanes, que serán el guardián indirecto de sus intereses.» *¿Era de retractarse?*

18 «Rogar á Dios y buscar todos los elementos y datos, y dar ante los Superiores eclesiásticos todos los pasos, á fin de promover la *beatificación* de *JUAN DIEGO*, lanzando este pensamiento entre los indios para levantar su espíritu.» *¿Era de retractarse?*

19 «Aceptar los guadalupanos por bandera la tricolor, y en el centro la *VIRGEN DE GUADALUPE* con *JUAN DIEGO* arrodillado á la izquierda. Basta ella para hacer un solo hombre de toda la raza indígena.» *¿Era de retractarse?*

20 «Alzar bandera por el poder temporal y la independencia del Papa, no desaprovechando ocasión de hacer valer esta idea desde la simple conversación hasta el libro, y estar con ánimo dispuesto á servir los que puedan como soldados en sus milicias armadas.» *¿Era de retractarse?*

21 «Proceder en todo como la gota que *cava la peña* no omitiendo la atención por mínima que sea que conduzcan el espíritu público al establecimiento de una gran liga hispano continental en contra de la doctrina Monroe.» *¿Era de retractarse?*

22 «Hacer un fuerte empuje contra la enseñanza obligatoria que es artificio para descatalogar á los pueblos, y proponerse primero morir que entregar los hijos á las escuelas ateas.» *¿Era de retractarse?*

23 «Evitar en el idioma la irrupción de vocablos, frases ó modismos del enemigo de la patria, y el desarrollo aquí de su lengua. Perder idioma, es perder nacionalidad.» *¿Era de retractarse?*

24 «Conservar y estudiar los idiomas indígenas.» *¿Era de retractarse?*

libertad; pero que se ve obligado á consignar la verdadera doctrina. Dice así: "Por manera que para saber en los casos concretos si hay ó no hay obligación de obedecer al superior, hay que atenerse á la siguiente disyuntiva. ¿Manda el superior cosas que O NO SON DE SU INCUMBENCIA, ó bien SON CONTRARIAS á lo dispuesto por un superior de jerarquía más alta? entonces COMO SI NADA MANDARA" [*Planas. El Misionero apostólico*].

El Sr. Arzobispo Labastida me mandaba NO HACER OPOSICION NINGUNA POLITICA AL GOBIERNO, NI ATACAR LA CONQUISTA PACIFICA, NI ORGANIZAR A LOS CATOLICOS PARA REIVINDICAR SUS DERECHOS. Me mandaba, pues, cosas que O NO ERAN DE SU INCUMBENCIA, ó eran CONTRARIAS á lo dispuesto por el Papa, y á más de que me mandaba cosas que NO ERAN DE SU INCUMBENCIA O CONTRARIAS á lo dispuesto por el Papa, yo tenía que seguir la obligación de mi voto.

En la lucha que se suscitó, la prudencia estuvo de mi parte llegando yo hasta suprimir mi periódico con heroico sacrificio de mi único modo de vivir y guardando silencio en espera de mejores tiempos. Pero la tiranía episcopal y las alarmas de los enemigos de la Iglesia no estaban satisfechas. Me consideraban lleno de vitalidad secreta y rodeado de un prestigio que me haría resurgir tarde ó temprano y por eso la autoridad eclesiástica me exigía EL SUICIDIO por medio de la retractación de cosas que no había hecho y por medio de la sumisión INCONDICIONAL.

El Pontífice actual en su Encíclica á los franceses distingue perfectamente entre los que hacen política para derribar á los gobiernos constituidos y los que, aceptando la permanencia de estos, según la ley, procuran por una lucha legal y pacífica, pero valerosa, la modificación de las leyes hostiles á la Iglesia. Tal era mi política tachada falsamente de levantisca. En mi oposición al gobierno había dos fases: una meramente política en que pretendía el desarrollo de los municipios conforme á los principios católicos sustentados por Taparelli en su laudable obra «*Del Gobierno representativo*» y otra mixta, de lo que podría llamarse política religiosa. En la primera, como materia libre al Prelado *no le asistía derecho* de imponerme sus opiniones políticas particulares y menos cuando las mías tenían más arrimo y apoyo que las suyas en la doctrina católica, como lo tengo demostrado sin mentarlo en mi obra «*La Bandera Guadalupana*» pags. 188 y sig. En la segunda faz de mi acción como propagandista, el Prelado tampoco tuvo derecho de impedir mi acción porque yo seguía la doctrina del Papa y él la contrariaba. De manera que, conforme la doctrina consignada por Planas, yo pude hacer á un lado al Ilmo. Sr. Labastida «*COMO SI NADA MANDARA*» Sin embargo, yo le guardé todo género de consideraciones y de respetos y callé muchas cosas graves que de sus mismos labios sabía y que ponían en peligro la religión y la patria.

Pude no suprimir mi periódico, pude defender mi tesis como ahora lo hago, pude no llegar á la orilla de la miseria.

Pero el Sr. Labastida nada de estas sublimes abnegaciones comprendió, ni las han entendido suficientemente los mismos partidarios míos, ni mucho menos mis enemigos; y cuando me vió retroceder creyó que me aniquilaría con no cejar en sus exigencias y atormentarme con el sitio por hambre y de todas maneras. ¡Cuán equivocado!

Conducta doble y engañosa del Ilmo. Sr. Labastida.—Lo que hemos bajado de 1877 á 1901.—Conspiraciones políticas con generales liberales.—Primeras armas del Sr. Sánchez Santos en la Sociedad Munguía.—Mi separación de "La Voz" por sus ligas con un periódico impto.—Esperanzas del Sr. Labastida é intrigas con el partido Benitista.

He dicho que la política del Ilmo. Sr. Labastida era EQUIVOCA. Es necesario tenerlo muy presente para que se comprenda que cuando le hago unos cargos y luego otros que parecen borrar la imputación que los primeros encierran, la divergencia de pareceres no está en mí, sino en su conducta, vacilante y tornasol en ciertos puntos, y solo compacta y seguida en sostener todo lo que significara centralización de la autoridad. *Esta observación es muy importante* y para la perfecta inteligencia de este escrito pido que SE TENGA PRESENTE; de otra manera parecería yo estar en contradicción, siendo así que la contradicción corre y camina en todos los actos del Sr. Labastida que por sus antecedentes fue intransigente y concluyó por la transigencia más vergonzosa.

En algunas cosas y hasta cierto momento el Sr. Labastida *me apoyó resueltamente*; en otras asintió *como Prelado* por no tener razones que oponerme, disimulando sus planes particulares y debajo cuerda procuró *desbaratar los míos*. Su oposición absoluta estalló cuando consideró bastante minado el terreno para derribar mis empresas y llevar adelante la suyas.

Sin esta clave no se comprenderá bien el juego de los acontecimientos que son asunto de este opúsculo, ni se comprenderá tampoco la razón de ser de mis escritos en cada situación determinada. Por ejemplo, el Sr. Labastida, contestando la carta del Ilmo. Sr. Loza, fechada el 15 de Abril de 1889 hecha pública en los periódicos, asegura que por muchos años hizo *esfuerzos inauditos* porque yo no escribiera, bien que en papeles privados y en conversaciones me apoyase para que escribiera y le presentase programas de periódicos. Si el Ilmo. Prelado aparentaba apoyarme y *secretamente* desbarataba lo que por un lado parece que ambos tejíamos semejante deslealtad y contradicción en la conducta no son á mi cargo, sino al suyo y yo puedo decir y estar en la creencia y conciencia de que me apoyaba, aun cuando luego haya aparecido su dolo y su traición.

También debe tenerse presente otra consideración á que me ha llevado el estudio de los hechos y de las personas que han intervenido desde años atrás en los acontecimientos públicos católicos, y es el trabajo de zapa incesante de la masonería para confundir las ideas, introducir sus adeptos en las redacciones y cerca de los Prelados y rebajar de día en día la virilidad de los caracteres. De aquí depende que comparado el Ilmo. Sr. Labastida de 1877 en que parten los primeros hilos de la historia que voy á relatar, con el Sr.

libertad; pero que se ve obligado á consignar la verdadera doctrina. Dice así: "Por manera que para saber en los casos concretos si hay ó no hay obligación de obedecer al superior, hay que atenerse á la siguiente disyuntiva. ¿Manda el superior cosas que O NO SON DE SU INCUMBENCIA, ó bien SON CONTRARIAS á lo dispuesto por un superior de jerarquía más alta? entonces COMO SI NADA MANDARA" [*Planas. El Misionero apostólico*].

El Sr. Arzobispo Labastida me mandaba NO HACER OPOSICION NINGUNA POLITICA AL GOBIERNO, NI ATACAR LA CONQUISTA PACIFICA, NI ORGANIZAR A LOS CATOLICOS PARA REIVINDICAR SUS DERECHOS. Me mandaba, pues, cosas que O NO ERAN DE SU INCUMBENCIA, ó eran CONTRARIAS á lo dispuesto por el Papa, y á más de que me mandaba cosas que NO ERAN DE SU INCUMBENCIA O CONTRARIAS á lo dispuesto por el Papa, yo tenía que seguir la obligación de mi voto.

En la lucha que se suscitó, la prudencia estuvo de mi parte llegando yo hasta suprimir mi periódico con heroico sacrificio de mi único modo de vivir y guardando silencio en espera de mejores tiempos. Pero la tiranía episcopal y las alarmas de los enemigos de la Iglesia no estaban satisfechas. Me consideraban lleno de vitalidad secreta y rodeado de un prestigio que me haría resurgir tarde ó temprano y por eso la autoridad eclesiástica me exigía EL SUICIDIO por medio de la retractación de cosas que no había hecho y por medio de la sumisión INCONDICIONAL.

El Pontífice actual en su Encíclica á los franceses distingue perfectamente entre los que hacen política para derribar á los gobiernos constituidos y los que, aceptando la permanencia de estos, según la ley, procuran por una lucha legal y pacífica, pero valerosa, la modificación de las leyes hostiles á la Iglesia. Tal era mi política tachada falsamente de levantisca. En mi oposición al gobierno había dos fases: una meramente política en que pretendía el desarrollo de los municipios conforme á los principios católicos sustentados por Taparelli en su laudable obra «*Del Gobierno representativo*» y otra mixta, de lo que podría llamarse política religiosa. En la primera, como materia libre al Prelado *no le asistía derecho* de imponerme sus opiniones políticas particulares y menos cuando las mías tenían más arrimo y apoyo que las suyas en la doctrina católica, como lo tengo demostrado sin mentarlo en mi obra «*La Bandera Guadalupana*» pags. 188 y sig. En la segunda faz de mi acción como propagandista, el Prelado tampoco tuvo derecho de impedir mi acción porque yo seguía la doctrina del Papa y él la contrariaba. De manera que, conforme la doctrina consignada por Planas, yo pude hacer á un lado al Ilmo. Sr. Labastida «*COMO SI NADA MANDARA*» Sin embargo, yo le guardé todo género de consideraciones y de respetos y callé muchas cosas graves que de sus mismos labios sabía y que ponían en peligro la religión y la patria.

Pude no suprimir mi periódico, pude defender mi tesis como ahora lo hago, pude no llegar á la orilla de la miseria.

Pero el Sr. Labastida nada de estas sublimes abnegaciones comprendió, ni las han entendido suficientemente los mismos partidarios míos, ni mucho menos mis enemigos; y cuando me vió retroceder creyó que me aniquilaría con no cejar en sus exigencias y atormentarme con el sitio por hambre y de todas maneras. ¡Cuán equivocado!

Conducta doble y engañosa del Ilmo. Sr. Labastida.—Lo que hemos bajado de 1877 á 1901.—Conspiraciones políticas con generales liberales.—Primeras armas del Sr. Sánchez Santos en la Sociedad Munguía.—Mi separación de "La Voz" por sus ligas con un periódico impto.—Esperanzas del Sr. Labastida é intrigas con el partido Benitista.

He dicho que la política del Ilmo. Sr. Labastida era EQUIVOCA. Es necesario tenerlo muy presente para que se comprenda que cuando le hago unos cargos y luego otros que parecen borrar la imputación que los primeros encierran, la divergencia de pareceres no está en mí, sino en su conducta, vacilante y tornasol en ciertos puntos, y solo compacta y seguida en sostener todo lo que significara centralización de la autoridad. *Esta observación es muy importante* y para la perfecta inteligencia de este escrito pido que SE TENGA PRESENTE; de otra manera parecería yo estar en contradicción, siendo así que la contradicción corre y camina en todos los actos del Sr. Labastida que por sus antecedentes fue intransigente y concluyó por la transigencia más vergonzosa.

En algunas cosas y hasta cierto momento el Sr. Labastida *me apoyó resueltamente*; en otras asintió *como Prelado* por no tener razones que oponerme, disimulando sus planes particulares y debajo cuerda procuró *desbaratar los míos*. Su oposición absoluta estalló cuando consideró bastante minado el terreno para derribar mis empresas y llevar adelante la suyas.

Sin esta clave no se comprenderá bien el juego de los acontecimientos que son asunto de este opúsculo, ni se comprenderá tampoco la razón de ser de mis escritos en cada situación determinada. Por ejemplo, el Sr. Labastida, contestando la carta del Ilmo. Sr. Loza, fechada el 15 de Abril de 1889 hecha pública en los periódicos, asegura que por muchos años hizo *esfuerzos inauditos* porque yo no escribiera, bien que en papeles privados y en conversaciones me apoyase para que escribiera y le presentase programas de periódicos. Si el Ilmo. Prelado aparentaba apoyarme y *secretamente* desbarataba lo que por un lado parece que ambos tejíamos semejante deslealtad y contradicción en la conducta no son á mi cargo, sino al suyo y yo puedo decir y estar en la creencia y conciencia de que me apoyaba, aun cuando luego haya aparecido su dolo y su traición.

También debe tenerse presente otra consideración á que me ha llevado el estudio de los hechos y de las personas que han intervenido desde años atrás en los acontecimientos públicos católicos, y es el trabajo de zapa incesante de la masonería para confundir las ideas, introducir sus adeptos en las redacciones y cerca de los Prelados y rebajar de día en día la virilidad de los caracteres. De aquí depende que comparado el Ilmo. Sr. Labastida de 1877 en que parten los primeros hilos de la historia que voy á relatar, con el Sr.

Labastida de 1889 se encuentre este muy amenguado, como amenguado lo estaba ya el Labastida de 1877 respecto del Labastida que en Puebla y durante la guerra de tres años sostuvo y defendió los sacrosantos fueros de la Iglesia.

Para llegar á la condenación que se hizo de mi obra guadalupana, tuvo que descenderse mucho camino en la vertiente: solo levantando la vista se ve cuánto hemos descendido, y así sólo se podrá estimar mi papel de perro que inútilmente ladra al Pastor que se precipita; y del descenso y del desastre á donde hemos llegado y de las previsiones cumplidas del apóstol seglar tendrá que salir para la Iglesia y para la historia la brillante consecuencia que sacar me propongo, acerca del poder y del papel de la conciencia individual en lucha con el cesarismo eclesiástico.

Véamos hacia arriba de la vertiente que hemos bajado.

«La Voz de México» que al presente es como una sexagenaria sin dientes y sin muelas; era entonces un periódico doctrinal de combate escrito por poderosas inteligencias que hoy se avergonzarían viéndola cubierta de harapos; pero sus redactores no supieron aprovechar la reacción católica que se iniciaba debido á un sentimiento egoísta y centralizador por el cual no querían más periódico que el suyo propio. Aunque creyentes, nunca pensaron en una organización de los católicos pacífica y valerosa como la que yo emprendí después, sino que trabajaron en la sombra por reconquistar lo perdido, por medio de combinaciones meramente políticas y golpes de mano armada. Como ya murieron los directores de esa política y no hay modo de que sean perseguidos, puedo decir que su error consistió en entrar en pactos secretos con algunos liberales como el Gral. Mirafuentes, y después el Gral. Toledo, muertos ya, con los cuales anduvieron en cuchicheos. Yo lo supe, pero me mantuve lejos. Estos trabajos se transparentaron entonces y á ellos hizo alusión el Sr. Díaz Leal en «El Reportijón» que redactaba. (Agosto 24 de 79).

«La Voz», pues, aunque entonces se conservaba aún en el buen terreno doctrinal comenzó, en la práctica, la política de las transacciones que debía perdernos.

Yo era entonces muy joven; pero gozaba á la sazón de inmenso crédito. El Sr. Lic. D. Manuel de la Hoz me trajo por aquellos años un retrato del Ilmo. Sr. Loza, en que como muestra de distinción aparecía con una carta mía en las manos. Este Prelado y los principales de la República estaban acordes en el plan que les manifesté para que en la Sociedad Munguía que había fundado y en un periódico que debía aparecer bajo sus auspicios educase yo nuevos campeones de la buena causa á la sombra de otros ya experimentados y aguerridos. Más tarde el Sr. Labastida me tachó de incompetente; pero en aquella época, á pesar de tener yo poco más de veinte años, iba él, é iba casi casi todo el episcopado á poner en mis manos la dirección del movimiento católico. Escritores de gran nombradía como el Sr. D. Tirso R. Córdoba, cuyas cartas laudatorias conservo, no vacilaban en aceptarme como jefe, ni en darse de hombro conmigo, hombres de la importancia de D. Alejandro Arango y Escandón y D. Manuel García Aguirre, como lo pueden probar sus autógrafos. En las Américas para el desarrollo de mi plan, empecé á trabar relaciones importantes como la del Sr. Velez, director del «Eco de Córdoba» y en España debían ser mis corresponsales hombres

tan eminentes como D. Gabino Tejado que me honraba con su amistad. El terreno estaba preparado y se deseaba con ansia por todos los amigos del *latinismo*, el desarrollo de mis pensamientos. Pero la falta de vigilancia en el Prelado para reprimir la envidia que al fin debía dar al traste con mis empresas dejó que esta se armase contra mí en la sombra celosa de elogios que me hacía toda la prensa católica del país y aun la que no lo era. Bien se que no los merecía; pero mis compañeros se envenenaban cuando personas como el Director de «La Voz de Cuba» me suponían «el primero de los periodistas católicos de América.»

En la Sociedad Munguía nombré secretario al Sr. D. V. Agüeros y allí hicieron sus primeras armas los hermanos Sánchez Santos. Refiriéndose á la protección que les daba, me decía en una carta el Sr. Arcediano D. J. Z. Cañete que me los recomendó: «Le estoy muy agradecido por su acogida á mis ahijados: con la dirección de usted y el auxilio que debido á usted les imparte en dinero D. Alejandro (hablaba del Sr. Arango y Escandón) esos muchachos llegarán á ser de provecho, según espero y podrán ser útiles á los proyectos que vd. persigue.»

Mi crédito y el haber trascendido á «La Voz» algo de mis planes fué la causa y el principio de la guerra de que soy víctima. «La Voz» no se conformaba con quedar en segunda fila, ni sus viejos redactores con que un joven fuese el jefe de un gran movimiento internacional. «La Voz de México» que llegó á declarar que «no convenía que hubiese nuevos periódicos católicos» (9 de Julio de 89) comenzó, unida secretamente el periódico impío «La Libertad», una guerra contra mí en que concluyó por decir que este periódico, sobre toda ponderación impío y blasfemo, *había respetado siempre los fueros del hogar y de la moral.*»

La consecuencia fué mi separación de «La Voz» y una lucha en que intervino el Ilmo. Sr. Labastida. Esta lucha merecía un libro por sí sola; pero obligado á la brevedad, sólo diré que la política de miedo, de transacción y de falsas esperanzas, dió al traste con la obligación moral que el Prelado tenía de que los periódicos católicos no sancionasen como buenos á periódicos rematadamente impíos. El Sr. Labastida que me había autorizado para desmentir á «La Voz» que se decía apoyada por él y que luego, debido á poderosas influencias y sutiles intrigas, me quiso dejar en seco, y como usurpador de su nombre, montó en ira cuando me mantuve firme; y entonces perdí todo el terreno que como jefe de un movimiento religioso iba á ganar, apoyado por él, como lo expresa su carta de 14 de Octubre de 1877. En su comunicación de 27 de Marzo de 1879, año en que se desarrollaban estos sucesos, S. Ilma. salvó á «La Voz», santificó á «La Libertad» y á mí me fulminó.

En aquel tiempo no habían descendido tanto los Obispos y el Ilmo. Sr. Loza en carta que en copia de su puño y letra poseo, fechada el 31 de Enero de 1880, le indicó la injusticia de su proceder y los graves perjuicios que se me habían seguido.

Uno de ellos fué el peligro en que estuve de perder la vida, debido á la pena que me causó el desengaño de ver á un Prelado salvando á los herejes,

castigando al hijo inocente, é impidiendo la realización de ideales que me apasionaban.

Por certificación del Sr. Dr. D. Manuel Domínguez, uno de los médicos que en aquella ocasión me atendió, fechada el 3 de Diciembre de 1881, consta que la enfermedad que padecí fué de la mayor gravedad.

A más del subidísimo orgullo del Sr. Labastida que cuando me negó la autorización que en efecto me diera, se irritó de mi firmeza en no sacrificar-me ni ponerme por él en caricatura, hubo otro elemento que favoreció á "La Voz" en la lucha y fué el transaccionismo práctico que, por fin ha venido á convertirse en teórico, como lo veremos después. Una persona bien relacionada entre los católicos para saber cómo andaban las cosas, el Sr. D. F. Flores Alatorre, director de «El Amigo de la Verdad.» entonces intransigente, pero que después hartado de beneficios del Sr. Labastida, según el mismo lo dijo, cedió por fin, me escribía en Mayo 26 de 1879, lo siguiente:

«No puedo expresar á vd. la pena y desaliento que me produjo la carta de Sr. Arzobispo, pues veo que su OBCECACION cada vez, es mayor y hasta advino que esa estrecha liga que tiene con «La Voz» ha de ser con mira política, pues se dice que Benitez busca el apoyo de los conservadores y de la Iglesia ofreciendo á esta y los católicos toda clase de garantías; no es extraño, pues, que haya alucinado al Prelado como lo *embaucó* Lerdo, y que el Sr. Arzobispo, «La Voz» y «La Libertad» tengan como punto de contacto á Benitez.»

VI.

La división de los católicos.—Mal gobierno de la Mitra de México denunciado por sacerdotes.—Ataques y burlas terribles de los periódicos católicos al Sr. Gral. Díaz.—Daños causados por «El Tiempo.»—Sátiras y amenazas de «El Tiempo» al Ilmo. Sr. Labastida.—Baladronadas de «La Voz» de que jamás aceptaría al Sr. Díaz.—El Sr. Labastida se opone á la formación de un congreso de católicos y á la renovación de la jura del Patronato de la Virgen de Guadalupe.—Acusaciones á éste de «El Amigo de la Verdad.»

La división que empezó á brotar en el campo católico debió ser impedida por los Prelados. Un Prelado sabio y prudente hubiera comprendido que no sin peligro se hiere la doctrina y que es misión suya el pacificar y organizar en caridad y justicia, para lo cual, con firmeza y tino, *se reprime* al que ataca derecho ajeno y *se alienta* al que es capaz de prestar mejores servicios sociales. Pero por regla general los Prelados han hecho todo lo contrario: han protegido á los mercaderes en religión, han dejado brotar la zizania en el campo del periodismo y han desalentado ó desprestigiado á los íntegros.

El Sr Pbro. D. Benigno Fuentes con mucha gracia me decía en una de sus cartas: "se dice que los Prelados son puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios: eso quisiéramos en México: que la *rigiesen* y no

tan eminentes como D. Gabino Tejado que me honraba con su amistad. El terreno estaba preparado y se deseaba con ansia por todos los amigos del *latinismo*, el desarrollo de mis pensamientos. Pero la falta de vigilancia en el Prelado para reprimir la envidia que al fin debía dar al traste con mis empresas dejó que esta se armase contra mí en la sombra celosa de elogios que me hacía toda la prensa católica del país y aun la que no lo era. Bien sé que no los merecía; pero mis compañeros se envenenaban cuando personas como el Director de «La Voz de Cuba» me suponían "el primero de los periodistas católicos de América."

En la Sociedad Munguía nombré secretario al Sr. D. V. Agüeros y allí hicieron sus primeras armas los hermanos Sánchez Santos. Refiriéndose á la protección que les daba, me decía en una carta el Sr. Arcediano D. J. Z. Cañete que me los recomendó: «Le estoy muy agradecido por su acogida á mis ahijados: con la dirección de usted y el auxilio que debido á usted les imparte en dinero D. Alejandro (hablaba del Sr. Arango y Escandón) esos muchachos llegarán á ser de provecho, según espero y podrán ser útiles á los proyectos que vd. persigue.»

Mi crédito y el haber trascendido á "La Voz" algo de mis planes fué la causa y el principio de la guerra de que soy víctima. "La Voz" no se conformaba con quedar en segunda fila, ni sus viejos redactores con que un joven fuese el jefe de un gran movimiento internacional. "La Voz de México" que llegó á declarar que "no convenía que hubiese nuevos periódicos católicos" (9 de Julio de 89) comenzó, unida secretamente el periódico impío «La Libertad», una guerra contra mí en que concluyó por decir que este periódico, sobre toda ponderación impío y blasfemo, *había respetado siempre los fuegos del hogar y de la moral.*»

La consecuencia fué mi separación de «La Voz» y una lucha en que intervino el Ilmo. Sr. Labastida. Esta lucha merecía un libro por sí sola; pero obligado á la brevedad, sólo diré que la política de miedo, de transacción y de falsas esperanzas, dió al traste con la obligación moral que el Prelado tenía de que los periódicos católicos no sancionasen como buenos á periódicos rematadamente impíos. El Sr. Labastida que me había autorizado para desmentir á «La Voz» que se decía apoyada por él y que luego, debido á poderosas influencias y sutiles intrigas, me quiso dejar en seco, y como usurpador de su nombre, montó en ira cuando me mantuve firme; y entonces perdí todo el terreno que como jefe de un movimiento religioso iba á ganar, apoyado por él, como lo expresa su carta de 14 de Octubre de 1877. En su comunicación de 27 de Marzo de 1879, año en que se desarrollaban estos sucesos, Sr. Ilmo. salvó á "La Voz," santificó á «La Libertad» y á mí me fulminó.

En aquel tiempo no habían descendido tanto los Obispos y el Ilmo. Sr. Loza en carta que en copia de su puño y letra poseo, fechada el 31 de Enero de 1880, le indicó la injusticia de su proceder y los graves perjuicios que se me habían seguido.

Uno de ellos fué el peligro en que estuve de perder la vida, debido á la pena que me causó el desengaño de ver á un Prelado salvando á los herejes,

castigando al hijo inocente, é impidiendo la realización de ideales que me apasionaban.

Por certificación del Sr. Dr. D. Manuel Domínguez, uno de los médicos que en aquella ocasión me atendió, fechada el 3 de Diciembre de 1881, consta que la enfermedad que padecí fué de la mayor gravedad.

A más del subidísimo orgullo del Sr. Labastida que cuando me negó la autorización que en efecto me diera, se irritó de mi firmeza en no sacrificarme ni ponerme por él en caricatura, hubo otro elemento que favoreció á «La Voz» en la lucha y fué el transaccionismo práctico que, por fin ha venido á convertirse en teórico, como lo veremos después. Una persona bien relacionada entre los católicos para saber cómo andaban las cosas, el Sr. D. F. Flores Alatorre, director de «El Amigo de la Verdad,» entonces intransigente, pero que después hartado de beneficios del Sr. Labastida, según el mismo lo dijo, cedió por fin, me escribía en Mayo 26 de 1879, lo siguiente:

«No puedo expresar á vd. la pena y desaliento que me produjo la carta de Sr. Arzobispo, pues veo que su OBCECACION cada vez es mayor y hasta adivino que esa estrecha liga que tiene con «La Voz» ha de ser con mira política, pues se dice que Benítez busca el apoyo de los conservadores y de la Iglesia ofreciendo á esta y los católicos toda clase de garantías; no es extraño, pues, que haya alucinado al Prelado como lo *embaucó* Lerdo, y que el Sr. Arzobispo, «La Voz» y «La Libertad» tengan como punto de contacto á Benítez.»

VI.

La división de los católicos.—Mal gobierno de la Mitra de México denunciado por sacerdotes.—Ataques y burlas terribles de los periódicos católicos al Sr. Gral. Díaz.—Daños causados por «El Tiempo.»—Sátiras y amenazas de «El Tiempo» al Ilmo. Sr. Labastida.—Baladronadas de «La Voz,» de que jamás aceptaría al Sr. Díaz.—El Sr. Labastida se opone á la formación de un congreso de católicos y á la renovación de la jura del Patronato de la Virgen de Guadalupe.—Acusaciones á éste de «El Amigo de la Verdad.»

La división que empezó á brotar en el campo católico debió ser impedida por los Prelados. Un Prelado sabio y prudente hubiera comprendido que no sin peligro se hiere la doctrina y que es misión suya el pacificar y organizar en caridad y justicia, para lo cual, con firmeza y tino, *se reprime* al que ataca derecho ajeno y *se alienta* al que es capaz de prestar mejores servicios sociales. Pero por regla general los Prelados han hecho todo lo contrario: han protegido á los mercaderes en religión, han dejado brotar la zizaña en el campo del periodismo y han desalentado ó desprestigiado á los íntegros.

El Sr. Pbro. D. Benigno Fuentes con mucha gracia me decía en una de sus cartas: «se dice que los Prelados son puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios: eso quisiéramos en México: que la rigiesen y no

que la desorganización.» Y el Sr. Cura D. Pedro Sastre en carta que me dirigió desde España en 24 de Agosto de 1870 me pinta con colores muy vivos la desorganización interior en el gobierno eclesiástico de México, y las luchas de facciones que acaban por quitar de cuadro á los verdaderos defensores de la Iglesia.

Sin embargo, en la época á que me vengo refiriendo no se habían degradado tanto los caracteres, y comparando los escritos de la prensa católica de entonces con los de ahora, se encontrará en aquellos la condenación de los presentes. Iba tomando vuelo el partido transaccionista, pero la misma «Voz» que empezaba el acomodamiento, era muy distinta de como es ahora. Lástima y dolor causa ver los alardes que entonces hacían todavía los católicos comparados con sus actuales bajezas y sus denigrantes *mea culpas*.

Ni por vía de referencia quiero reproducir lo que la prensa católica decía entonces del gobierno actual, para compararlo con lo que dice hoy. Resuelto á separarme de la política no querría que la reproducción que yo hiciese se estimase como una amarga sátira. Pero el que quiera ver y estudiar cambios de frente, puede consultar, entre mil artículos, el que escribí «La Voz de México,» el año de 1888 intitulado «El Brindis de Minería» y los de 28 de Junio de 87, 2 de Mayo de 88, 20 de Junio de 85, 17 de Marzo de 88, 24 de Abril de 87, Febrero 19 de 85 y diversos artículos de Julio de 1879 relativos á los fusilamientos de Veracruz. De los demás periódicos católicos pueden señalarse incontables artículos que son el reverso de la medalla respecto de los que hoy escriben. Admira, pasma y sorprende una transformación tan absoluta !

Si me propongo guardar en política alto silencio es porque con católicos anémicos y liberalizados nada se puede hacer. Si yo escribiera un periódico político, sería de oposición: guardo digno silencio, porque creo cerrado el círculo de mi evolución política y porque en el periodismo no he buscado lucros, sino el desarrollo de principios. Yo había logrado levantar un partido; católicos eran mis medios, católicos eran mis fines y, sin embargo, por un extraño fenómeno los Prelados son los que más me han combatido. Si pretendiera luchar con estos, entonces sí sería un loco. La desorganización ha avanzado mucho camino y no soy yo el que la pueda contener. Estos católicos todo lo reducen á mucho pietismo, á funciones de iglesia, donde se consume la cera por arrobas, donde suenan flautas y violines; pero no la voz de una predicación social viril y robusta capaz de levantar y de organizar los espíritus. Hay en la masa común algunas almas candorosas y buenas que sirven á Dios; pero aquellas águilas de la mística que aparecen para transformar las sociedades, no saldrán de este estado anodino, al cual se podría aplicar perfectamente la sentencia en que los Libros sagrados amenazan á los pueblos por que *se han disminuido en ellos las verdades y por el mal que han hecho los buenos*.

Yo digo ahora lo que Augusto Nicolás decía en su excelente obra «La Revolución y el orden cristiano:»

«La verdad os libertará, ha dicho la Verdad misma, y nunca tal vez esta divina palabra ha sido más oportuna que aplicándola á una sociedad que padece de enfermedad de mentira.»

castigando al hijo inocente, é impidiendo la realización de ideales que me apasionaban.

Por certificación del Sr. Dr. D. Manuel Domínguez, uno de los médicos que en aquella ocasión me atendió, fechada el 3 de Diciembre de 1881, consta que la enfermedad que padecí fué de la mayor gravedad.

A más del subidísimo orgullo del Sr. Labastida que cuando me negó la autorización que en efecto me diera, se irritó de mi firmeza en no sacrificarme ni ponerme por él en caricatura, hubo otro elemento que favoreció á «La Voz» en la lucha y fué el transaccionismo práctico que, por fin ha venido á convertirse en teórico, como lo veremos después. Una persona bien relacionada entre los católicos para saber cómo andaban las cosas, el Sr. D. F. Flores Alatorre, director de «El Amigo de la Verdad,» entonces intransigente, pero que después hartado de beneficios del Sr. Labastida, según el mismo lo dijo, cedió por fin, me escribía en Mayo 26 de 1879, lo siguiente:

«No puedo expresar á vd. la pena y desaliento que me produjo la carta de Sr. Arzobispo, pues veo que su OBCECACION cada vez es mayor y hasta adivino que esa estrecha liga que tiene con «La Voz» ha de ser con mira política, pues se dice que Benítez busca el apoyo de los conservadores y de la Iglesia ofreciendo á esta y los católicos toda clase de garantías; no es extraño, pues, que haya alucinado al Prelado como lo *embaucó* Lerdo, y que el Sr. Arzobispo, «La Voz» y «La Libertad» tengan como punto de contacto á Benítez.»

VI.

La división de los católicos.—Mal gobierno de la Mitra de México denunciado por sacerdotes.—Ataques y burlas terribles de los periódicos católicos al Sr. Gral. Díaz.—Daños causados por «El Tiempo.»—Sátiras y amenazas de «El Tiempo» al Ilmo. Sr. Labastida.—Baladronadas de «La Voz,» de que jamás aceptaría al Sr. Díaz.—El Sr. Labastida se opone á la formación de un congreso de católicos y á la renovación de la jura del Patronato de la Virgen de Guadalupe.—Acusaciones á éste de «El Amigo de la Verdad.»

La división que empezó á brotar en el campo católico debió ser impedida por los Prelados. Un Prelado sabio y prudente hubiera comprendido que no sin peligro se hiere la doctrina y que es misión suya el pacificar y organizar en caridad y justicia, para lo cual, con firmeza y tino, *se reprime* al que ataca derecho ajeno y *se alienta* al que es capaz de prestar mejores servicios sociales. Pero por regla general los Prelados han hecho todo lo contrario: han protegido á los mercaderes en religión, han dejado brotar la zizaña en el campo del periodismo y han desalentado ó desprestigiado á los íntegros.

El Sr. Pbro. D. Benigno Fuentes con mucha gracia me decía en una de sus cartas: «se dice que los Prelados son puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios: eso quisiéramos en México: que la rigiesen y no

que la desorganización.» Y el Sr. Cura D. Pedro Sastre en carta que me dirigió desde España en 24 de Agosto de 1870 me pinta con colores muy vivos la desorganización interior en el gobierno eclesiástico de México, y las luchas de facciones que acaban por quitar de cuadro á los verdaderos defensores de la Iglesia.

Sin embargo, en la época á que me vengo refiriendo no se habían degradado tanto los caracteres, y comparando los escritos de la prensa católica de entonces con los de ahora, se encontrará en aquellos la condenación de los presentes. Iba tomando vuelo el partido transaccionista, pero la misma «Voz» que empezaba el acomodamiento, era muy distinta de como es ahora. Lástima y dolor causa ver los alardes que entonces hacían todavía los católicos comparados con sus actuales bajezas y sus denigrantes *mea culpas*.

Ni por vía de referencia quiero reproducir lo que la prensa católica decía entonces del gobierno actual, para compararlo con lo que dice hoy. Resuelto á separarme de la política no querría que la reproducción que yo hiciese se estimase como una amarga sátira. Pero el que quiera ver y estudiar cambios de frente, puede consultar, entre mil artículos, el que escribí «La Voz de México,» el año de 1888 intitulado «El Brindis de Minería» y los de 28 de Junio de 87, 2 de Mayo de 88, 20 de Junio de 85, 17 de Marzo de 88, 24 de Abril de 87, Febrero 19 de 85 y diversos artículos de Julio de 1879 relativos á los fusilamientos de Veracruz. De los demás periódicos católicos pueden señalarse incontables artículos que son el reverso de la medalla respecto de los que hoy escriben. Admira, pasma y sorprende una transformación tan absoluta !

Si me propongo guardar en política alto silencio es porque con católicos anémicos y liberalizados nada se puede hacer. Si yo escribiera un periódico político, sería de oposición: guardo digno silencio, porque creo cerrado el círculo de mi evolución política y porque en el periodismo no he buscado lucros, sino el desarrollo de principios. Yo había logrado levantar un partido; católicos eran mis medios, católicos eran mis fines y, sin embargo, por un extraño fenómeno los Prelados son los que más me han combatido. Si pretendiera luchar con estos, entonces sí sería un loco. La desorganización ha avanzado mucho camino y no soy yo el que la pueda contener. Estos católicos todo lo reducen á mucho pietismo, á funciones de iglesia, donde se consume la cera por arrobas, donde suenan flautas y violines; pero no la voz de una predicación social viril y robusta capaz de levantar y de organizar los espíritus. Hay en la masa común algunas almas candorosas y buenas que sirven á Dios; pero aquellas águilas de la mística que aparecen para transformar las sociedades, no saldrán de este estado anodino, al cual se podría aplicar perfectamente la sentencia en que los Libros sagrados amenazan á los pueblos por que *se han disminuido en ellos las verdades y por el mal que han hecho los buenos*.

Yo digo ahora lo que Augusto Nicolás decía en su excelente obra «La Revolución y el orden cristiano:»

«La verdad os libertará, ha dicho la Verdad misma, y nunca tal vez esta divina palabra ha sido más oportuna que aplicándola á una sociedad que padece de enfermedad de mentira.»

«Y cuando digo mentira, no entiendo solamente por esto esas cínicas enormidades que sublevan por lo menos el buen sentido que nos resta aun, á fuerza de insultarle; sino que también me refiero especialmente á esas amalgamas, á esas fusiones, á esas descomposiciones de verdades, saturadas de errores que van á hacernos perder hasta el sentido mismo de la verdad.»

«Me tomo la libertad de pensar de distinto modo: creo que los *Griegos*, aunque fuesen *Aristides*, son más funestos para nosotros que los *Partos*; y que si ha de perecer la Francia, no será la causa solamente los crímenes de los malvados, sino también, y sobre todo, *el mal que han hecho los buenos.*»

Si me dejara llevar del sentimiento que inspira el espectáculo de tanto abajamiento en los espíritus, no escribiría este libro que ha de agravar la persecución que pesa sobre mí. Me enconcharía como los demás en un frío egoísmo y dejaría rodar los acontecimientos.

Pero algo muy interior me dice que no debo dejar pendiente la obra comenzada y proseguida con tanto dolor.

Aunque la sociedad no estime los esfuerzos que hace algún hombre por levantar el nivel moral de sus semejantes, no debe vacilarse, porque *arriba* está quien premia esos dolorosos sacrificios.

Lo más triste para un hombre es la apariencia de que su sacrificio es estéril; pero una fe robusta enseña que no hay sacrificios estériles.

Por eso yo escribiendo este libro sello y ratifico lo que antes hice. No sigo adelante, porque no puedo. No doy un paso atrás, porque no debo.

Pero volvamos á reanudar el hilo de la narración.

En la época á que me vengo refiriendo había, lo que podríamos llamar un partido de oposición á la política que iba desarrollando el Ilmo. Sr. Labastida. A favor de este disgusto, correspondiendo á los deseos de oposición política que había en el público y al descenso de crédito en «La Voz de México», apareció y fué creciendo «El Tiempo» que pudo llevar á cabo una gran reacción; pero que transigió en muchos puntos doctrinales importantes. «La Voz» usaba un tono más bajo, hacía menos oposición política y agradaba por eso menos; pero estaba más alto tocante á integridad católica. En mi obra «La Lucha Patriótica» explico la influencia funesta que tuvo para el catolicismo la política de «El Tiempo.» Este incubió una generación transaccionista, y sus hijos han ido más lejos que su mismo padre. Le cabe esa triste gloria.

Habíamos algunos católicos que sin trabajar activamente en contra de el Prelado como lo hacía «El Tiempo» veíamos con disgusto sus pasos hacia la perdición, y los comentábamos en el sigilo de la intimidad. Uno de los principales disgustados era el Lic. Gral. D. Remigio Tovar, periodista eminente, que escribió á sus amigos cartas terribles respecto al Sr. Labastida; que fué mi amigo íntimo y concluyó por ser mi implacable enemigo, aliándose á «La Voz» para perseguirme.

Falto el pueblo católico de conveniente dirección, fué perdiendo cada vez más la unidad que sólo la autoridad constituida puede darle y se formaron en él diferentes facciones. La ambición de lucro y la sed de dominio se despertaron entre los escritores que se creyeron más conspicuos y cada cual trabajó *pro domo sua*. La sumisión que se ha fingido á los Prelados para sacar-

los provecho, se fué perdiendo más tarde, vistos los pasos desatentados del Ilmo. Sr. Labastida. Los periodistas que hicieron coro á la voz de éste que me exigía incondicional sumisión propalaban su descrédito, ya en las conversaciones, ya en la correspondencia, ya en las columnas mismas de los periódicos.

Las ligas del Ilmo. Sr. Labastida con los enemigos de la Iglesia, sus cortesías reverenciales á estos, su despego por sus párrocos y por católicos meritísimos, se hicieron proverbiales. El Sr. Flores Alatorre, que después quiso disculparse, pero que no pudo, le dirigió tiras muy certeras en «El Amigo de la Verdad.» Hablando de la comunicación que en contra mía dirigió en público el 27 de Marzo de 1879, ese periódico indicaba en 17 de Mayo de 79 que era debida á un contubernio entre «La Libertad», «La Voz» y el Prelado, pues decía á esta que la estaban ahorcando con la misma soga «que había tejido.»

Más tarde cuando el Sr. Labastida hizo vergonzosos equilibrios para tener contentos á los enemigos de la Iglesia y no declarar si «El Tiempo» ó «La Voz» tenían razón en la polémica que sostenían, «El Tiempo» y «El Amigo de la Verdad» que más adelante habrían de proclamar contra mí la sumisión incondicional, se pusieron en frente del Sr. Labastida y lo satirizaron, como es de ver en «El Tiempo» de 3 de Octubre de 84, en el cual se inserta un artículo de «El Amigo de la Verdad» en que se dan picones al Prelado con la victoria que contra Mr. Sibour, Arzobispo de París, obtuvo Luis Veuillot. Allí se habla de la guerra de los católicos hipócritas y calumniadores y del engaño é *iniquidad* que cometió el Arzobispo de París condenando al Universo Más tarde esos periodistas, que hablaban de Roma al Sr. Labastida, para indicar ante los pueblos que su política no era conforme con la del Papa, habrían de sostener que un Prelado jamás se equivoca y que es un delito el acudir á Roma para que revise sus actos. . . .

Para la masa común del pueblo católico pasaban inadvertidos ciertos hechos sostenidos en público contra el Prelado por medios artificiosos é indirectos: sólo ciertos prohombres católicos sabían bien cómo andaban realmente las cosas y estaban persuadidos de que el Prelado de México veía con disgusto todo movimiento católico que tarde ó temprano, ó lo presentase aislado y divorciado de su pueblo, ó le obligase á una lucha, que le amedrentaba, con los enemigos de la Iglesia.

El Sr. Labastida, ya con un pretexto, ya con otro, impedía todo movimiento católico eficaz, como sucedió con el feliz pensamiento del congreso católico. El Sr. Flores Alatorre, envilecido después por la política de conciliación, hizo armas en cuanto pudo contra las intrigas del Prelado que desbarató aquél, y éste, en un escrito que apareció como de la redacción, lo atacó violentamente en «La Voz de México» de 1.º de Diciembre de 1885. En ese mismo artículo habla el Sr. Labastida de las *gravísimas razones* que el Prelado expuso para impedir la renovación de la jura del Patronato nacional de la Santísima Virgen de Guadalupe, que, si se realizó después, fué á su pesar. ¡Siempre eran *gravísimas* las razones del Sr. Labastida para dejar á los enemigos vía libre . . . !

Los escritores íntegros, los propagandistas de empuje estaban quejosísimos de encontrar y sentir siempre una mano oculta que los hostilizaba. Los

hombres de acción y pensadores veían con dolor y desesperación que por la influencia de su puesto el Sr. Labastida podría sofocar, como sucedió al fin, la reacción católica.

Cuando estaba en su más alto punto el entusiasmo patriótico-guadalupano de que fué el promotor; cuando la reacción era evidente y por todas partes se buscaba la unidad y la fuerza en el Episcopado para que se verificase entre los Obispos y los jefes del partido católico «esa especie de endémosis y eóxsmosis que mantenía en Alemania el perfecto equilibrio entre la Iglesia docente y la Iglesia discente» de que habla Kanuengieser, ciertos Obispos apenas prestaban atención ó contrariaban secretamente la idea. Era esto tan palpable, la acción del Sr. Labastida tan evidente, que en «El Amigo de la Verdad» de Enero 22 de 1887 se acusaba al Sr. Labastida de hacer contraste con los propagandistas que se asociaban á los pueblos en el entusiasmo guadalupano patriótico, que pocos días antes había pintado ese mismo periódico, como una explosión verdaderamente asombrosa, como la resurrección de un pueblo. En el periódico citado se hacía una triste profecía que se va cumpliendo y se decía: «¿O qué sucederá si ese entusiasmo religioso guadalupano se estaciona, desfallece y muere?» CUANDO LOS PUEBLOS SE APERCIBAN de que en medio de su entusiasmo religioso, de sus desbordamientos de devoción, de sus cánticos sagrados y PATRIÓTICOS ~~se~~ solo se hace notar POR SU ALEJAMIENTO EL PROFETA DE ISRAEL? *Estamos, pues, en el deber y lo están más los Profetas de Israel de FAVORECER, DE APOYAR DE DESARROLLAR Y DIRIGIR ese GRAN MOVIMIENTO que tiene por blanco A DIOS Y A LA PATRIA. Si esto no se hace, ~~se~~ vendremos al caso de reportar el anatema antiguo: HEMOS MEDICINADO A BABILONIA Y NO HA CURADO: ABANDONEMOSLA, PUES. El día en que tal sucediera, el anatema se cumpliría sobre el pueblo en masa, por la ley justísima de la solidaridad responsable; pero (oído en vuestra tumba, Sr. Labastida!) no será el pueblo EL MÁS CULPABLE en el definitivo abandono de Dios.»*

VII

DOS personas de la capital influyendo en sofocar el entusiasmo guadalupano.— ¿Quiénes serían?—Los alumnos del Colegio Militar fraternizando en 1887 con los Seminaristas de Puebla, á causa del antiyankismo.—Un grupo de fuerza pública que presenta las armas á la Guadalupeana.—El Sr. Labastida favorece la acción de los americanos católicos para la conquista pacífica.—“El Universal” acusa al Sr. Labastida de atacar á los suyos.—Velázquez insultador del Sr. Labastida, íntimo amigo suyo.

He llamado la atención acerca de la abstención del Sr. Labastida en el movimiento guadalupano; pero me falta decir que esa abstención se notaba además en otros Prelados influenciados por él. En carta que con fecha 15 de Diciembre de 1888 me dirigía de Puebla el Sr. D. Santiago Beguerisse, me decía lo siguiente: «Desgraciadamente no puedo decirle á vd. otro tanto de esta; jamás se habría visto tal frialdad. Siempre esta población se ha al-

horotado al ver el alboroto de sus Prelados, pues, no necesita más que una simple insinuación, la que este año, no ha habido! El Ilmo. Sr. Camacho, desde hace varios años, al hablar del Ilmo. Sr. Vargas, nuestro actual Obispo, me decía que era el primero entre los guadalupanos, y con tal motivo, y por persona tan competente como lo es el Ilmo. Sr. Camacho, creí que hubiera tomado una parte muy activa en nuestra festividad; yo pensaba que al ver el edicto que lanzó el Ilmo. Sr. Camacho, hubiera hecho otro tanto; pero no pasó tal cosa . . .

“Todo esto ha producido muy mal efecto en la población y muchos que no saben lo que pasa se hacen cruces; pero como no tengo pepita en la lengua, se lo voy á decir: la mayoría de este cabildo que se compone de discipulos, ha logrado dominar á nuestro amado Prelado y ellos son los que mandan, y como en sus *altas* miras no les conviene que los *legos* tengan acceso, con el Obispo, han logrado divorciar á los diocesanos activos de su Obispo y no han tenido mucho trabajo contando con el apoyo ~~de~~ DE DOS PERSONAS DE ESA CAPITAL.”

¿Quiénes eran esas DOS PERSONAS que asociadas en la capital trabajaban por enfriar el fervor guadalupano, por divorciar á los Obispos de los laicos activos y emprendedores? *Avergiúelo Vargas*, si ya no es que lo adivina el curioso lector. . .

La necesidad que había de que los Profetas de Israel no brillasen por su ausencia en el entusiasmo guadalupano, según lo indicara en Enero de 1887 «El Amigo de la Verdad», se hacía sentir imperiosamente. La influencia del Prelado es decisiva para elevar ó deprimir el espíritu de su pueblo. La frialdad de que el Sr. Beguerisse se quejaba en su carta de 1888 contrastaba con el entusiasmo desplegado por Puebla en el año anterior al venir á la Colegiata incontables romeros con 46 estandartes pertenecientes á otras tantas asociaciones, fábricas, ó cuerpos diferentes, y de que se habla en una amplísima «Reseña» publicada en el Colegio de Artes y Oficios de esa ciudad. Era tan simpático á los pueblos el movimiento patriótico y antiyankee que se había producido que en esa «Reseña» se habla de un hecho altamente significativo. Habiendo venido los peregrinos de Puebla en alarde no solo religioso, sino subidamente patriótico; habiendo su predicador hablado con franqueza del peligro que á la nacionalidad mexicana amenaza, se hizo eminentemente simpática, aun para muchos liberales, esa peregrinación y cuando los semiuaristas de Puebla fueron á visitar Chapultepec, no encontraron en los alumnos del Colegio Militar esa antipatía que los hombres de armas educados á la moderna sienten por los futuros levitas, sino la expresión ingenua de la más viva simpatía. Por eso al referirlo decía la crónica: «Y cómo no habían de simpatizar unos con otros cuando los estudiantes peregrinos habían venido á jurar un Patronato que es divinizar el patriotismo y los alumnos militares viven en el propio lugar que presencié las hazañas de sus adolescentes antecesores, en 1847! ¡Viva la espada que defenderá la patria! ¡Viva la cruz que sostendrá la espada!»

A este punto de concierto, sin transacciones cobardes, iban empujados los mismos liberales y solo los jacobinos rabiosos veían con disgusto el movimiento patriótico imperado por el religioso. Mil hechos podría citar que lo

comprobasen; pero baste uno consignado en "La Voz de México" en otra crónica; y fué que al pasar un grupo formado de fuerza pública *presentó las armas*, á despecho de las leyes de reforma, á una Guadalupeña que en uno de los balcones de una calle había. Por otra parte, mis ideas se iban abriendo tal camino, que una hija de la raza indígena Eustolia López, de quien hablé en «El Reino Guadalupeño» de 4 de Abril de 1889, hizo un larguísimo viaje á pie, desde Tancanhuitz, para manifestarme la simpatía de su raza y el señor Cura de Monte Escobedo D. Lauro Márquez, en una carta me decía que *iba creciendo el incendio rápidamente y que llegaba ya mi influencia hasta los remotos indios huicholes.*

¡Era natural que se alarmasen con este movimiento formidable los que pintaban «La Voz», «El Tiempo», y «El Amigo de la Verdad» como *supeditados al yankee!*

El Ilmo. Sr. Labastida, según conversación que con él tuve y que, sin que lo contradijera, le cité años después en el número de «El Grito á Roma» correspondiente al 17 de Agosto de 1890, abrigaba la idea antipatriótica de que LA CONQUISTA PACIFICA NO TENIA REMEDIO Y QUE DEBIA SERVIR DE BASE PARA LA CONDUCTA DE LA IGLESIA, FAVORECIENDO LA ACCION DE LOS AMERICANOS CATÓLICOS. Para combatir esta idea escribí «La Bandera Guadalupeña» cuyo inmenso desarrollo práctico en el ánimo de los pueblos aquel no esperaba, pero que no supo aprovechar, ni comprendió lo que significaba la expresión que del Sr. Presidente me citó en conversación con él: *"la avalancha hacia el Tepeyac es incontenible."*

En vez de que esta "avalancha" fuese aprovechada por el Prelado como un principio de libertad y de expansión para la Iglesia, sirvió tan solo, á él y á los directores de la política en los E. Unidos, para acentuar sus planes y llevarnos á lo que denunciaba yo en "El Reino Guadalupeño" de 24 de Marzo de 1889 como LA CONQUISTA PACIFICA TRADUCIDA AL CATALICISMO.

Los poderosos intereses que atacaba el desarrollo de mi política hacían que del campo contrario se procurase alucinar al Ilmo. Sr. Labastida con un concordato ilusorio, un capelo cardenalicio no menos ilusorio y poniendo por las nubes en los periódicos liberales su fino tacto y exquisita política que consistía en no dejar hueso sano á ningún periódico católico como lo expresó "El Universal" de 27 de Julio de 1890 en los términos siguientes:

"El Sr. Arzobispo de México tiene un cuidado muy notable en alejar de sí hasta la menor sospecha de que él pueda consentir siquiera en que á su sombra se organice hasta un *simulacro* de partido. En las encarnizadas luchas de la prensa, cuando ha llegado á las notas agudas el tono de la pasión, se apresura á escribir á su Secretario Martínez Barros para *CONDENAR claramente* A LOS SUYOS. . . Quizá no ha habido periódico católico que no haya sido objeto, de manera más ó menos clara, de su autorizada REPROBACIÓN."

Ni este lenguaje, ni la mezcla de alabanza y burla que hablando de sus vergonzosas transacciones usaban los periódicos liberales, escandalizados de verse preferidos, ni sus exigencias, cada vez mayores, abrían los ojos al obcecado Arzobispo de México á quien el Sr. Lic. D. S. Alemán acusó en un remitido al «Nacional» de 15 de Mayo de 1888 de suave con los enemigos

y áspero con los hijos. Su protección á aquellos fué tal, que «El Tiempo» no sin razón insinuó en 14 de Enero de 85 que el mismo Prelado redactaba «La Libertad» y era un protector.

En su afán por manifestarse divorciado de todo elemento católico militante llegó á formular en su comunicación á «La Libertad» de 3 de Octubre de 1884, el deseo herético de que no hubiese católicos ni liberales, sino simplemente *mexicanos*. Así preparaba la «fórmula» que han aceptado los católicos de hoy hijos adúlteros de esa política espúrea.

Los hombres prominentes de el partido liberal notaron la evolución que yo quise evitar, y por eso el Sr. D. José María Vigil, en «El Monitor Republicano» de 13 de Marzo de 79, concluía un «Boletín» con esta irónica profecía dirigida á "La Voz de México:"

«¿No podría decirnos en confianza para cuando reserva la apología de la Constitución de 57 y las leyes de reforma? Más tarde, y sin temor de *espan-tar la caza* «El Partido Liberal» en 27 de Septiembre de 1884 preguntaba al Sr. Labastida "¿la Iglesia en México evoluciona hacia el liberalismo?" y en 10 de Marzo de 1891 fijaba *al futuro Arzobispo* las reglas de conciliación de su antecesor que debía tener presentes para vivir en paz. . . .

Nunca acabaría si citara todas las . . . (no encuentro el eufemismo y omito la palabra) . . . que cometió el Ilmo. Sr. Labastida para congraciarse con los enemigos de la Iglesia y todas las . . . (ah! eufemismo, no te hallo!) que hizo cometer á los periodistas católicos. Son tantos los casos, que escojo el primero que se me ocurre.

Costumbre inveterada de la Mitra de México ha sido el tratar con desprecio y hacer sufrir largas esperas á los párrocos y sacerdotes católicos más ameritados; pero recibir inmediatamente y con mil zalamerías á los enemigos de la Iglesia. Entre estos hubo uno, Velázquez, que se dice haberse suicidado en Belén después del horroroso crimen cometido en Arroyo, que en «El Combate» había escrito las más soeces injurias contra el Sr. Labastida y el P. Plancarte, inventando el verbo *plancartear* como sinónimo de robar.

Para que se mida toda la . . . (no hay eufemismo) del Sr. Labastida, copiaré algunos párrafos del artículo que le consagró "El Combate" cuando me quitó los sacramentos.

"Me está usted dando lástima . . . y solo eso le faltaba . . . que "El Combate" levantara el chicote para dar á vd. por su apostólica retaguardia una media docena de pajuelazos . . . "Voy á sacarle con pinzas del albañal archiepiscopal en que vive, para presentarlo á vd. con mis lectores.

"Tapémonos las narices . . .

"Usted ha tenido de un lado la complicidad de veintitantos léperos abyectos que desempeñan los obispados de la República . . .

"Sabe vd. también que si en cualquier tono se permitiera lanzarnos una injuria, como las que ha dirigido á Terrazas, le habríamos dado á S. Ilma. un puntapié *en la coronilla*, ó en cualquiera otra parte y nuestra respuesta habría llegado hasta los ascendientes de vd.

"La infamia está consumada, es vd. candidato para la horeca."

¿Pues como piensan los lectores que el redactor de «El Combate» era reci-

bidó entonces por el Sr. Labastida y después por el Sr. Alarcón? Con palmas y coronas.

Refiriéndose á esto de un modo solapado "El Heraldo," periódico del Sr. Sánchez Santos, dijo que mientras él, espera que esperarás, estaba cabeceando junto con muchas personas católicas, en las antesalas de Tacuba, llegó Velázquez, á quien inmediatamente se abrieron todas las puertas y penetró besando luego el anillo pastoral. «Yo lo ví; no me lo contaron.» decía. Como un áspid se levantó entonces «El Combate» y también «El Siglo XIX,» exigiendo humillantes rectificaciones, que hizo escribir al «Heraldo» el Señor Arzobispo; pero no contentos esos periódicos, exigieron más aún y las rectificaciones fueron más explícitas y más vergonzosas todavía . . .

VIII

Intrigas secretas del Ilmo. Sr. Labastida. — Oposición á la Coronación de parte de algunos periódicos liberales y de otros de los Estados Unidos. — Protesta del Sr. Iglesias y otros liberales. — Contra protesta mía. — Miedo del Ilmo. Sr. Labastida. — Trabajos para liberalizar en México la Iglesia.

En todo el tiempo que duró mi propaganda guadalupana, el Sr. Labastida trabajó secretamente por anonadarla; pero no la condenó de un modo terminante, como he dicho, sino hasta que el terreno estaba suficientemente minado. En su política de estira y afloja, llena de intrigas, la parte pública y ostensible no se presentaba á la masa común con la claridad suficiente; y de ahí provenía el que, sea de buena fe, sea para espantar al Sr. Labastida y que huyese más pronto de aparecer ligado conmigo, se supusiese por "El Diario del Hogar" "El Monitor del Pueblo" y "El Observador" que el P. Plancarte hacía todo como mi segundo y que yo era «la cabeza visible» del movimiento; pero su alma el Sr. Labastida. (18 Jun. y 11 de Agosto de 87.) El pueblo católico cándidamente suponía lo mismo, y viendo que algunos Obispos, empezaban á secundar por los años de 86 á 88 con mayor franqueza el movimiento iniciado por mí años antes en "La Voz de México," no comprendía la conspiración que se tramaba y que había de dar por resultado que una empresa aprobada tácitamente por el silencio de todo el Episcopado y de un modo ostensible por una parte de él, fuese luego condenada como «venenosa» (textual) por todos los Obispos, que en ello hicieron su propia condenación, incluso el Sr. Labastida que dijo que en diez años había hecho inauditos esfuerzos por impedirlo. Pero como esos esfuerzos fueron SECRETOS y de intrigas, resulta que EL VENENO lo dejó correr diez años y contaminar á los Obispos . . . ¿Rissum teneatis?

La Coronación, que era como la última consecuencia de mi empresa, fué ideada en realidad por mi partidario el Sr. D. S. Beguerisse; pero según confesó el P. Plancarte en Octubre de 95 el Sr. Labastida, le impuso mandato de silencio. Fué para aparecer con la gloria de la idea y, haciéndola valer ante los pueblos que me seguían como á jefe, arrancarme la jefatura. Por eso, y antes de que la intriga estuviese madura y que fuesen cartas y emisa-

rios de aquí para allá, parecía á muchos que el Sr. Labastida y yo trabajáramos unisonos y para la realización de una misma idea. La Coronación que yo había aceptado con entusiasmo, á pesar de que comprendía los designios ocultos del Prelado, era en mis manos, como lo exprese en los opúsculos "El 16 de Septiembre." y "Toque de Generala Patriótica" la voz del clarín que debía unir en la Villa de Guadalupe las grandes masas de la raza indígena, de la criolla y de todo elemento latino en lucha con LA DOCTRINA MONROE y las consecuencias que de ellas se han derivado al orden político interior. Pero como hasta esos momentos el Sr. Labastida no podía quitar aun la tapa al pastel que nos sirvió el P. Plancarte en las fiestas de la Coronación, existía una guerra terrible á esta Coronación y "El Partido Liberal" alarmado y con pretextos de higiene no quería que vinieran los indios á ensuciar la Villa . . . y "El Observador" me declaraba loco, pero peligroso á la paz pública (30 Enero de 87) y "El Monitor" me juzgaba como un nuevo Pedro el Ermitaño, y "La Epoca" como un Quijote cuyo rocínante era «La Voz de México» y «El Times» de Chicago y otros muchos periódicos yankees (25 Jul. de 87) veían un gran peligro en la Coronación y por ello atacaban al clero, elogiado después cuando apareció divorciado de mi pensamiento patriótico.

En aquella época de lucha (Jul. 18 de 87) fué cuando el Sr. Iglesias ex-Presidente legal de la República encabezó una protesta ardiente contra la Coronación. El Sr. Labastida se hacía el muerto y llamaba la atención el que por su parte nada se hiciese. Los católicos no entendían el juego, y por eso el sincero creyente, D. Laureano Salazar y Prieto que tenía un hijo en el Ayuntamiento, me escribió excitándose para que moviese al Sr. Arzobispo, lo cual procuré, recibiendo respuesta escrita desconsoladora. Entonces de mi cuenta formulé una contraprotesta que se iba á imprimir en la imprenta de Aguilar Ortiz (Jul. 26 de 87) y de la cual tengo la prueba, contraprotesta que firmaron personas distinguidas entre ellas D. Luis García Pimentel, D. Miguel Cervantes y D. Luis Elguero. ¡Nunca lo hubiera pensado! S. Ilma. montó en cólera y me mandó buscar con su escribiente, para regañarme. Ocupado en la propaganda llegué á casa hasta en la noche, y es de advertir que tenía á mi hija mayor, que había hecho su primera comunión en la cama, enferma gravemente de tifo, por lo cual al llegar en coche me asomé á la ventanilla temiendo encontrar abiertos los balcones y las cuatro luces fatídicas en torno del cadáver. S. Ilma. me trató con dureza; me echó en cara que yo provocaba á los enemigos de la Iglesia que lo asediaban para que me atase corto, y yo, que estaba afligido, excitado por la actividad febril que había desplegado y que en esos momentos sentía íntima desilusión por un Prelado que no sabía estimar á un propagandista que dejaba á su hija moribunda por perseguir sin descanso altos ideales, no me pude contener y levantándome del asiento dije á S. Ilma.: «en vez de regañarme y de doblegarse ante los enemigos de la Iglesia debía S. Ilma. aprender de la fe, de la constancia y de la abnegación de un fiel que tiene á su hija moribunda y piensa más que el Prelado en los intereses de la patria y de la Iglesia.» Entonces el Sr. Labastida que, primero se había puesto pálido como la cera, se encendió como la grana, y levantándose á su vez y to-

mando en sus manos la cruz que llevaba al pecho, gritó encolerizado: yo soy el Prelado. Comprendí mi arrebató, único que con él tuve, aunque muy disculpable, le pedí perdón y á esto aludí en un artículo de «La Voz,» de Marzo 23 de 1888, intitulado *Amor filial*.

No se diga que estas discordancias con el Prelado significaban que, como lo dijo después, no aprobaba mi propaganda. Ya he dicho que la conducta del Ilmo. Sr. Labastida era EQUIVOCA. Mi propaganda, como Prelado, no la reprobó y la prueba la tengo en su carta de Octubre 15 de 1887 en donde alabando mis opúsculos: «El 16 de Septiembre» y «Corona de rosas,» dice que con razón me hicieron tantos agasajos en Milpa Alta.

La conducta del Sr. Labastida no se explica más que de la siguiente manera: en el fondo de su conciencia nada que reprobar tenía á mi propaganda y aun le hubiera agradado, siempre que no le hubiera obligado á la lucha, á prescindir de su dulce comodidad y á la halagüeña expectativa de un capelo ganado sin más trabajo que *dejar hacer* á los enemigos de la Iglesia. Lo que de mí empresa le disgustaba, era lo francamente militante, y por eso, siendo *incantible la avalancha al Tepeyac* se avenía mejor, para estar tranquilo, á admitir las insinuaciones de la política norte americana hechas por intermediarios católicos que le proponían valerse de ese mismo sentimiento guadalupano para buscar un promedio entre todos los intereses y dizque sacar pacíficamente provecho para el catolicismo.

La prueba de esto es que mientras yo estuve en pie sobre la brecha, la Coronación provocó tempestuosas oposiciones y en cuanto caí se hizo sin inconveniente alguno.

Llamaba mi atención (y estos documentos públicos son de mucho precio, pues los privados y secretos los guardo para su hora oportuna) el que los periódicos liberales más adictos al yankee indicasen con mal fingido disimulo la conveniencia de no forzar la nota y las ventajas que el catolicismo obtenía en los E. Unidos y las que obtendría en México dada mayor influencia del elemento norte americano. Sería interminable si compulsase todos los periódicos en sus incontables matices que fueron preparando la antipatriótica convicción que se ha formado en algunos. En este punto y en el de trabajar por hacer simpática la constitución de los E. Unidos y la de México á los católicos el designio ha sido perseverante, y seguido, por desgracia, del mejor éxito.

Risa me causa «El País» cuando hace fuego al jacobinismo, dentro de cuyas tendencias está, pues, «El Diario del Hogar» de 6 de Junio de 1888, presentaba como un desideratum del partido liberal avanzado, fomentar las tendencias del antiguo partido conservador por aceptar en todas sus partes la constitución política de México. Una Iglesia liberalizada y supeditada al poder no estorba á este de ninguna manera. El Sr. Amézquita debió su nombramiento de Obispo de Puebla al sermón predicado en los días de la Coronación y tengo entre mis documentos cierta tarjeta de este Prelado en que se presentó á una redacción para que lo defendiese de la nota de liberalismo.

Al tomar las posiciones que ha tomado en su generalidad el partido católico en la cuestión de política interior é internacional, no ha hecho otra cosa

que seguir el consejo que daba una Circular de la masonería inserta en «El Tiempo» de 8 de Enero de 1887.

Proponiéndome guardar los documentos privados y valerme de ellos solo en lo muy indispensable de mi prueba, recorro en este particular nada más á los documentos públicos. Solo diré que en la provisión de Obispos en México un Delegado del Papa, informado por los que tenemos algunas noticias, tendría que ver hilos de intrigas, que desde Roma no se perciben.

IX

La conquista pacífica traducida al catolicismo. — Los secretos del Sr. Beguerisse. — Política de pan y palo del Sr. Labastida. — El Sr. Cura D. A. Icaza, antiaparicionista. — Esfuerzos de algunos periodistas católicos por prestigiar el elemento sajón. — Yo estorbo á cierta política y por eso se me desprestigia. — Política nueva de los católicos, condenada antes como cismática y herética.

Con mis documentos privados se acaban de comprender los documentos y sucesos públicos, como lo indica la carta del Sr. Beguerisse que he publicado en parte porque para muestra basta un botón, y porque está redactada con prudente habilidad; pero los solos documentos públicos y uno que otro privado, bastan para comprender cuál ha sido el plan que ha empujado los acontecimientos hasta llevarnos á la *conquista pacífica traducida al catolicismo*.

Por los años de 86 á 89, que fué cuando florecieron más mis trabajos de reacción religioso patriótica, el estado del clero era el siguiente: en su gran mayoría estaban completamente de mi parte los simples sacerdotes y los curas y el entusiasmo de algunos era tal que *habríamos realizado prodigios* si el Episcopado hubiera estado templado en el mismo tono. Ya en esa época había logrado sacar de su inercia á parte de él. El Ilmo. Sr. Obispo de Yucatán había expedido Circulares recomendando mis empresas; el de Veracruz en otra Circular me había presentado como el reparador de la raza indígena; el de Puebla, anterior al Sr. Vargas, había venido en ostentosa peregrinación patriótica; etc. etc., pero había que saber que *los laicos*, como el Sr. Beguerisse en Puebla, eran los que tenían que empujar á los Obispos y que estos *laicos*, según lo da á entender dicho señor en el fragmento de su carta publicada, que no es el más interesante, eran asediados y perseguidos secretamente para nulificar su influencia, ó para desviarlos del recto sendero guadalupano. Por este motivo el Sr. Beguerisse me decía en otra parte de su citada carta: «Si yo le contara todo lo que pasa, se quedaría vd. *pasmado*; PERO HAY COSAS QUE NO SE PUEDEN CONFÍAR EN UNA CARTA.» Más tarde, cuando hablé con el Sr. Beguerisse, me quedé, en efecto, *pasmado*, y más *pasmado* de ver que el Sr. Flores Alatorre, su amigo íntimo, se pasase al fin al campo de quienes nos PASMABAN.... y eso después de haber dicho que el adversario intrigaba para *envolvemos* (Octubre 28 de 84.)

mando en sus manos la cruz que llevaba al pecho, gritó encolerizado: yo soy el Prelado. Comprendí mi arrebató, único que con él tuve, aunque muy disculpable, le pedí perdón y á esto aludí en un artículo de «La Voz,» de Marzo 23 de 1888, intitulado *Amor filial*.

No se diga que estas discordancias con el Prelado significaban que, como lo dijo después, no aprobaba mi propaganda. Ya he dicho que la conducta del Ilmo. Sr. Labastida era **EQUIVOCA**. Mi propaganda, como Prelado, no la reprobó y la prueba la tengo en su carta de Octubre 15 de 1887 en donde alabando mis opúsculos: «El 16 de Septiembre» y «Corona de rosas,» dice que con razón me hicieron tantos agasajos en Milpa Alta.

La conducta del Sr. Labastida no se explica más que de la siguiente manera: en el fondo de su conciencia nada que reprobar tenía á mi propaganda y aun le hubiera agradado, siempre que no le hubiera obligado á la lucha, á prescindir de su dulce comodidad y á la halagüeña expectativa de un capelo ganado sin más trabajo que *dejar hacer* á los enemigos de la Iglesia. Lo que de mí empresa le disgustaba, era lo francamente militante, y por eso, siendo *incantible la avalancha al Tepeyac* se avenía mejor, para estar tranquilo, á admitir las insinuaciones de la política norte americana hechas por intermediarios católicos que le proponían valerse de ese mismo sentimiento guadalupano para buscar un promedio entre todos los intereses y dizque sacar pacíficamente provecho para el catolicismo.

La prueba de esto es que mientras yo estuve en pie sobre la brecha, la Coronación provocó tempestuosas oposiciones y en cuanto caí se hizo sin inconveniente alguno.

Llamaba mi atención (y estos documentos públicos son de mucho precio, pues los privados y secretos los guardo para su hora oportuna) el que los periódicos liberales más adictos al yankee indicasen con mal fingido disimulo la conveniencia de no forzar la nota y las ventajas que el catolicismo obtenía en los E. Unidos y las que obtendría en México dada mayor influencia del elemento norte americano. Sería interminable si compulsase todos los periódicos en sus incontables matices que fueron preparando la antipatriótica convicción que se ha formado en algunos. En este punto y en el de trabajar por hacer simpática la constitución de los E. Unidos y la de México á los católicos el designio ha sido perseverante, y seguido, por desgracia, del mejor éxito.

Risa me causa «El País» cuando hace fuego al jacobinismo, dentro de cuyas tendencias está, pues, «El Diario del Hogar» de 6 de Junio de 1888, presentaba como un desideratum del partido liberal avanzado, fomentar las tendencias del antiguo partido conservador por aceptar en todas sus partes la constitución política de México. Una Iglesia liberalizada y supeditada al poder no estorba á este de ninguna manera. El Sr. Amézquita debió su nombramiento de Obispo de Puebla al sermón predicado en los días de la Coronación y tengo entre mis documentos cierta tarjeta de este Prelado en que se presentó á una redacción para que lo defendiese de la nota de liberalismo.

Al tomar las posiciones que ha tomado en su generalidad el partido católico en la cuestión de política interior é internacional, no ha hecho otra cosa

que seguir el consejo que daba una Circular de la masonería inserta en «El Tiempo» de 8 de Enero de 1887.

Proponiéndome guardar los documentos privados y valerme de ellos solo en lo muy indispensable de mi prueba, recorro en este particular nada más á los documentos públicos. Solo diré que en la provisión de Obispos en México un Delegado del Papa, informado por los que tenemos algunas noticias, tendría que ver hilos de intrigas, que desde Roma no se perciben.

IX

La conquista pacífica traducida al catolicismo. — Los secretos del Sr. Beguerisse. — Política de pan y palo del Sr. Labastida. — El Sr. Cura D. A. Icaza, antiaparicionista. — Esfuerzos de algunos periodistas católicos por prestigiar el elemento sajón. — Yo estorbo á cierta política y por eso se me desprestigia. — Política nueva de los católicos, condenada antes como cismática y herética.

Con mis documentos privados se acaban de comprender los documentos y sucesos públicos, como lo indica la carta del Sr. Beguerisse que he publicado *en parte* porque para muestra basta un botón, y porque está redactada con prudente habilidad; pero los solos documentos públicos y uno que otro privado, bastan para comprender cuál ha sido el plan que ha empujado los acontecimientos hasta llevarnos á *la conquista pacífica traducida al catolicismo*.

Por los años de 86 á 89, que fué cuando florecieron más mis trabajos de reacción religioso patriótica, el estado del clero era el siguiente: en su gran mayoría estaban completamente de mi parte los simples sacerdotes y los curas y el entusiasmo de algunos era tal que *habríamos realizado prodigios* si el Episcopado hubiera estado templado en el mismo tono. Ya en esa época había logrado sacar de su inercia á parte de él. El Ilmo. Sr. Obispo de Yucatán había expedido Circulares recomendando mis empresas; el de Veracruz en otra Circular me había presentado como el reparador de la raza indígena; el de Puebla, anterior al Sr. Vargas, había venido en ostentosa peregrinación patriótica; etc. etc., pero había que saber que *los laicos*, como el Sr. Beguerisse en Puebla, eran los que tenían que empujar á los Obispos y que estos *laicos*, según lo da á entender dicho señor en el fragmento de su carta publicada, que no es el más interesante, eran asediados y perseguidos secretamente para nulificar su influencia, ó para desviarlos del recto sendero guadalupano. Por este motivo el Sr. Beguerisse me decía en otra parte de su citada carta: «Si yo le contara todo lo que pasa, se quedaría vd. *pasmado*; PERO HAY COSAS QUE NO SE PUEDEN CONFÍAR EN UNA CARTA.» Más tarde, cuando hablé con el Sr. Beguerisse, me quedé, en efecto, *pasmado*, y más *pasmado* de ver que el Sr. Flores Alatorre, su amigo íntimo, se pasase al fin al campo de quienes nos **PASMABAN**.... y eso después de haber dicho que el adversario intrigaba para *envolvemos* (Octubre 28 de 84.)

Pero ese es el poder de la política *de pan y palo* á cuyo poder confesó haberse rendido el Sr. Flores Alatorre diciendo en «El Amigo de la Verdad» (Junio 30 de 88) que no quería contradecir en lo más mínimo al Sr. Labastida porque lo había colmado de favores. El mismo periódico habló de los esfuerzos del Sr. Labastida por quitar toda oposición al gobierno y *prestigiarlo* entre los católicos. Estos esfuerzos han dado el más completo resultado.

Para destruir el guadalupanismo genuino, los periódicos liberales ya establecidos y otros que se establecieron, se dividieron en diversas alas; unos como «El Pacto Federal» se presentaron como rabiosamente jacobinos pidiendo ruidosas persecuciones á los católicos y otros como «El Partido Liberal» fingieron tolerancia. El objeto era persuadir que mis trabajos atraían persecución á la Iglesia, según el Sr. Labastida me lo decía. Había otros periódicos, como «El Socialista», que ya defendían, (Noviembre 6 de 87), ya atacaban el yankismo [17 de Junio de 88] con el fin de mantener revuelta la opinión. En otros periódicos como «El Noticioso» de el Sr. Caballero (Enero 17 de 1887) se procuraba hacer simpáticos los E. Unidos, diciendo que el catolicismo progresaba en ellos, que con el crecimiento de relaciones con estos, no peligraban ni la fe ni la nacionalidad; que con ellas no había que temer el incremento del protestantismo.

En la prensa católica, por otra parte, también se comenzó la propaganda antipatriótica y antiguadalupana.

En «El Tiempo» de 20 de Enero de 89 apareció el *Estudio Teológico* contra la Aparición de la Virgen de Guadalupe, el cual según pública voz y fama es del SR. CURA D ANTONIO ICAZA, y en la prensa católica empezaron á alternar los artículos de un fingido patriotismo con otros que procuraban desalentar á los patriotas guadalupanos. En los mismos momentos en que era formidable el empuje guadalupano, el año de 1889, «La Voz» indicó que la conquista pacífica no tenía remedio, inspirada, seguramente por el Sr. Labastida que pensaba lo mismo, y yo en el número de «El Reino Guadalupeño» de 31 de Marzo de 1889 echaba en cara su desaliento á la prensa católica y denunciaba un SECRETO en su política que por suaves matices había venido cambiando. Hablaba en ese artículo de las censuras que á España hacía «La Voz» de sus ataques á la raza indígena que condenaba á desaparecer, de *las proposiciones que se hacían á los Príncipes católicos*, y, alarmado, llamaba la atención hacia los elogios de los católicos á los E. Unidos, contra las antiguas tradiciones del partido.

La prensa católica ha venido desenvolviendo, cuando la oportunidad se ha ofrecido, esta tesis que hace años rebatí en una hoja suelta intitulada: *Ya es forzoso hablar* y que estampó «La Voz de México» recién que yo caí acribillado por el Episcopado: EL INVASOR SAJON PUDIERA GARANTIZAR AQUI MEJOR QUE EL PARTIDO LIBERAL EL EJERCICIO DEL CULTO CATÓLICO.

A esta funesta idea, seguida por una parte del Episcopado y tolerada por otra que, debiendo protestar, no protesta; corresponde la evolución que se viene notando en el campo católico, y á la cual ESTORBA cualquier persona que como yo, gozando de prestigio, pudiera servir de *centro de unión y de resistencia de parte de los elementos dispersos del guadalupanismo puño*. ¿Vais

comenzando á comprender el íntimo POR QUÉ de la guerra que el Ilmo. Sr. Alarcón me hace?

En la idea de conquista pacífica están acordes en los E. Unidos, así los protestantes como los católicos, y quizá estos con mayor empeño. El Sr. Lic. D. Luis G. Duarte en el Apéndice de su obra «Las Profecías de la Madre Matiana» lo ha demostrado victoriosamente. Esas mismas tendencias ha manifestado «La Revista Católica de las Vegas» [E. U.], periódico redactado por sacerdotes, el cual en Septiembre 20 de 1884 procuró establecer vastas alianzas en la América latina, y hacerse de las simpatías de los católicos, ofreciéndoles un refugio contra LOS TIRANUELOS que los oprimían. Yo que seguía paso á paso los designios de la conquista pacífica, comprendí lo que significaba esto, así como la fundación en México de colegios regentados por monjas americanas y el señuelo de piedad y de libertad con que al suelo americano eran atraídas nuestras hijas mexicanas á los colegios y conventos de los E. Unidos. Se trataba, á todo trance, de trabar ligas, de establecer vínculos, de crear simpatías, de suavizar resistencias, de hacer suspirar á los mexicanos oprimidos por TIRANUELOS. (¿Lo oye «El Imparcial»? por la santa y divina libertad que el catolicismo alcanza en los E. Unidos. Esta conquista pacífica traducida al catolicismo es la que está desenvolviendo «El País» que cuando las manifestaciones de los estudiantes contra el Sr. Cura Icaza nos ha pintado el *contraste* entre la opresión jacobina de acá y la dulce expansión de la conciencia católica allá. ¿Entiendes, Fabio?

Por este motivo, en «El Reino Guadalupeño» de 17 de Febrero y de 24 de Marzo de 89, tuve serios encuentros con «La Revista Católica de las Vegas» á la cual le era altamente antipático mi programa. ¡A mucha honra!

No todos los redactores de periódicos católicos han estado en el plan y por ese motivo y por convenir á este mismo el que se desenvuelva con las apariencias de un subido patriotismo, se han publicado algunos artículos anti-yankees; pero es muy de notar que, después de fulminado por todos los Obispos en 12 de Mayo de 1889, siguiera con mayor fuerza el plan de *conquista pacífica traducida al catolicismo*. Programa y carácter de el partido conservador había sido guardar y respetar LAS TRADICIONES ESPAÑOLAS é inculpar á los E. Unidos como AUTORES SECRETOS de todas nuestras desgracias y revueltas, considerando la constitución, de 57 calcada sobre la suya, como arriete de desecolización, é inconveniente á nuestro modo íntimo de ser. ¡Pues bien! EL SR. CURA ICAZA en su *Estudio Teológico* de «El Tiempo» comenzó la guerra al guadalupanismo, antípoda del yankee, y ese mismo periódico, declaró la necesidad de «moldes nuevos» y, puso como *esperanza* única de salvación el prestigiar y «defender» la constitución (Febrero 5 de 1884) que habían fulminado Obispos á la antigua . . . «La Voz» que al principio se opuso al «Tiempo» y «El Boletín Eclesiástico», censuraron luego á estos Obispos, pidiendo otros á la moderna . . .

El Sr. Labastida en su carta de 8 de Abril de 1889 declaró contra mí que la Iglesia «no reconocía extranjerismo» por lo que «El Monitor» de 18 del mismo sacó las consecuencias y le preguntó si quedaría muy conforme en

supeditarse al Cardenal Arzobispo de Baltimore, á pesar de *las justas* protestas del partido conservador. Entonces el partido conservador no había descendido aún bajo cero, y los liberales suponían *sus protestas* . . .

Hoy, rotas y desechas las antiguas tradiciones del partido católico, se descubre el fondo del abismo á que nos ha llevado la política Labastida superada por el Sr. Alarcón, como lo veremos después. «La Voz de México,» el antiguo paladín de la raza indígena, del españolismo, del antiyankismo, volteó culatas poco á poco, y en uno de sus números pedía *la extinción* de la raza indígena; en 22 de Marzo de 89 ~~IS~~ achacaba á España el principio de nuestros males y se deshacía en elogios de la prosperidad americana y en especial de la del catolicismo allí, que maravillaba «*al mismo Jerrarca de la catolicidad*.» «La Voz,» al decir esto, no estaba en el espíritu del Papa que en su carta de 2 de Marzo de 1895, dirigida á los Prelados norte americanos, afirmaba que «*la usanza americana*» no es el ideal más alto de la Iglesia católica.

De las antiguas posiciones *católicas y patrióticas* se fué descendiendo, y por eso «El Siglo XIX» de 10 de Diciembre de 1889, echaba en cara á los católicos su inconsecuencia de pedir ahora para la Iglesia el mismo régimen en sus relaciones políticas, que en los E. Unidos.

Movimiento congruente y paralelo ha sido la plena aceptación como «*formula*,» de la política actual en lo interior, y la alabanza que extático nos ha hecho «El País,» de estos últimos días de la constitución de los E. Unidos *calcada* en los principios más puros de la religión católica, una especie de *traducción política del santo Evangelio* . . . !

¿Qué diría ahora, si resucitase, D. Luis G. Cuevas, qué los ilustres redactores de «La Cruz» y de «La Sociedad?»

Así, liberalizando á la Iglesia, aceptando hoy como santo lo que ayer se fulminaba como satánico, y reduciendo á condición de pobres diablos á los católicos *sinceros de mi raza*, que prefirieron el martirio propio y el de sus familias, antes que doblegar su conciencia, resulta *que los vividores* católicos de hoy son muy semejantes á D. Quijote que declaró buena y magnífica y de finísimo encaje su celada de cartón . . .

Estos católicos se beben las contradicciones como el agua, y por eso yo soy entre ellos *rara avis*, á quien miran con odio y estupefacción. La política del Papa es en sus manos una cosa elástica y la hacen servir para aceptar todo lo inaceptable, á pesar de haber dicho el Pontífice en su Alocución de 1.º de Junio de 1888: «¿Qué sería de la religión cristiana si la Iglesia se hubiese humillado ante las instituciones de los pueblos y obedecido á todas las órdenes de los jueces, fueran justas ó no? La superstición pagana duraría aún y el género humano no habría renacido de ningún modo á la luz del Evangelio?»

Han metido á la Iglesia dentro del actual orden de cosas como se mete en un baúl, apretando con la rodilla, un lienzo que no cabe en él. Han entrado en las miras del liberalismo, del protestantismo, del yankismo y de la masonería y me persiguen porque soy el único que en voz alta, protesta. En efecto, los protestantes americanos en un artículo del «*Mexican Trade Journal*,» reproducido el año de 1888 en el núm. 118 de «La Federación» elo-

giaban el divorcio que se iba estableciendo entre ciertos elementos católicos y el guadalupanismo puro y, es de llamar la atención, que el primero que comenzó ostensiblemente este movimiento, fué el Sr. ex-Obispo de Tamaulipas, á quien el periódico yankee consideraba como *vindicador* del catolicismo.

Ahora, ya está la Iglesia mexicana metida con la rodilla del Sr. Sánchez Santos dentro del baúl de la legalidad actual; pero esto que hoy pasma de alegría á algunos católicos que por haberse *dado* ellos, consideran conquistada la situación, en un remitido dirigido por el Señor Arcediano D. Melesio de J. Vázquez á «La Voz de México» en 19 de Febrero de 1888, era considerado como *funesta política*, como una tendencia *impta* para reconciliar el liberalismo nuevo con la religión.» El futuro Secretario del Ilmo. Sr. Alarcón decía que se iría, del constitucionalismo, al cisma, y del cisma á la herejía». . . ¿Qué opina S. Ilma . . . ?

X

¿Por qué ocultaba sus designios el Sr. Labastida? — Estorbo ¿á qué? — Demuestro que me calumnió el Prelado. — El movimiento guadalupano, según D. R. Tovar, tenía el carácter de una institución capaz de suplir á las Ordenes religiosas. — Los pueblos que me seguían me debieron ayudar más que los irlandeses á Parnell.

El designio del Sr. Labastida y de los que lo movían fué no solo arrancarme la bandera guadalupana, sino desprestigiarme para que no la pudiese volver á empuñar alguna vez.

Por ese motivo, no vacilé en condenarse á sí mismo y condenar á todo el Episcopado que con apoyo expreso ó tácito me había dejado desplegar mis banderas, diciendo que «todo un plan, toda una cruzada personalizada en mí» era lo que se había condenado y que diez años había hecho esfuerzos inauditos por impedírmela. Lo SECRETO de esos esfuerzos prueba que de su parte había una INTRIGA; algo VELADO y OCULTO que no podía de pronto aparecer. Esto lo comprende el menos listo . . . No había qué condenar en mí; pero se condenó: me sometí, pedí reglas al Prelado para mi propaganda y de un modo cómico que fué objeto de burlas en el campo contrario respondí que «eso solo le faltaba», y que la única regla que me podía dar, era que no volviese á escribir para el público. Se trataba, pues, de aniquilarme para que NO ESTORBARE y si se me prometían los sacramentos era á trueque de mi suicidio por medio de una sumisión incondicional y de una retractación que fuese el visto bueno de todas las calumnias de que había sido víctima. La política de hoy en el Sr. Alarcón declarando *asquerosa* mi conducta privada es continuación, broche y remate de la del Sr. Labastida que para desprestigiarme me declaró *pecador público*. Antes y ahora se pedía *vía libre*; era necesario quitar de los rieles la piedra que los pudiera descarrilar. . . .

Yo he venido *estorbando* al desarrollo de ciertos planes y todo se ha juzgado lícito con tal de desarmarme. Por ese motivo el Sr. Labastida me ca-

lumió y quiso forzarme á una aparente y perpétua rebeldía. Yo no pude ni debí otorgar la sumisión incondicional ni la retractación que se me pedía, y como prueba de paso, aunque suficiente, daré una.

El Sr. Pbro. ~~Sr.~~ D. MANUEL SOLÉ á quien señalo para las vindictas de la historia, con la risa que jugueteaba en los labios de los adoradores de Nerón cuando veían en el circo romano á los indefensos cristianos, en el dictamen que hizo á gusto de la crueldad de su amo, declaró, como uno de los capítulos de mi retractación, la necesidad de satisfacer á los periódicos católicos (?) á quienes dijo había calumniado yo . . . !


Pues bien ¡oyelo Historia! El mismo Prelado que me exigía esa *reparación*, que estaba con sus sabuesos á partir un piñón, declaró más tarde en su «Boletín Eclesiástico» que esa prensa, censurada por mí, publicaba NOVELAS INMORALES É IMPIAS (5 de Julio de 90) que los diarios católicos LO DESDENABAN; que estaban MALEADOS; que servían á LA CAUSA DE LUZBEL [29 de Noviembre de 90]; que aplaudía hechos NADA CATÓLICOS (20 Diciembre de 90) etc., etc., etc! Esos periódicos que, envidiosos de que yo había sido reconocido jefe del partido católico y de que se veía en mi empresa algo de sobrenatural (Rosa del Tepeyac, Mayo de 89) y se habían unido contra mí olvidando sus rencillas, volvieron al combate y «La Voz» decía al «Heraldo» que «se honraba» con sus soeces insultos (Enero de 91) y «El Nacional» atacaba al «Heraldo» y «El Heraldo» le respondía con puñados de estiércol y «El Tiempo» era atrastrado por el Sr. Sánchez Santos á los tribunales del crimen (24 de Octubre de 91) y se acusaban unos á otros de bajos, de comerciantes, de hipócritas y de anticatólicos . . .

Ellos, con las manecitas cruzadas sobre el pecho en actitud beatífica, habían jurado al Prelado sumisión incondicional; pero luego pisotearon su autoridad y á su vez el Prelado regateó el valor de las recomendaciones que les había dado, declarando en su Boletín que se entendían *en términos hábiles*; se quejó de que lo veían con desprecio (8 de Noviembre de 1880) y «El Heraldo» hizo la más sangrienta burla de la autoridad del Prelado que dijo era como las libranzas «á ocho días vista.» (Diciembre de 1890.)

CON UN SOLO PUNTO en que yo tuviera razón [y la tenía en todos], con UN SOLO PUNTO en que mi Prelado me hubiese calumniado y me exigiese lo imposible, no podía en conciencia dar mi firma en blanco, como se quería, para que él escribiese una retractación de la verdad que yo había sostenido y él comprobó después. El P. Solé y él, eran los que debían haberse retractado por haberme calumniado, y en nombre de esas calumnias, perseguídomel

Quando yo fui condenado, el inmenso partido que yo tenía se escandalizó hondamente. Veían en mí un hombre, no de ambiciones políticas, sino un restaurador del fervor cristiano cuyas armas eran la reforma de las costumbres, la oración, la penitencia y el mútuo amor.

Los guadalupanos nos mirábamos como hermanos, entre nuestros corazones se iban estrechando las distancias y nos considerábamos como la *gran familia guadalupana*. ¡Cuán bellos, y cuán fecundos sentimientos! Era tan patente el carácter de amorosa fraternidad que unía á «la gran familia guadalupana» que el Sr. D. Remigio Tovar, en el tiempo en que empezó á

encelarse de mí y dejó de ser mi amigo, en su opúsculo «Las Peregrinaciones religiosas,» con el claro talento que tenía, vió el movimiento guadalupano con  el carácter de una NUEVA INSTITUCION religiosa nacional capaz de suplir á las extinguidas órdenes religiosas. Este inmenso fervor que producía maravillas de amor, que hacía que en Tlajomulco el Sr. Cura Valadez instituyese una sociedad expiatoria de penitencia con el objeto de que Dios me protegiera é iluminara (según me decía en uno de sus cartas) fué apagado con torrentes de cólera por los Prelados. Era una de aquellas horas de gracia que, para no volver, disfrutaban los individuos y los pueblos; pero no fué bien correspondido el don de Dios! Al levantarse los Prelados á condenar lo que habían aprobado y que era *el patriotismo, la justicia y la virtud*, los pueblos que me seguían, los sacerdotes que proclamaban y reconocían en mí una *misión* que también reconoció el Ilmo. Sr. Obispo de Yucatán, según su periódico «El Amigo de el País» [Nov. de 88]; esos pueblos, esos sacerdotes, digo, debieron mantenerse más firmes en torno mío y no irse desgranando poco á poco. Me debieron formar una muralla de fuerza; me debieron proporcionar los auxilios necesarios para hacer triunfar en Roma nuestra causa; debieron hacer por mí más de lo que hicieron por Parnell los católicos irlandeses; debieron ser consecuentes y lógicos con el hombre cuya misión providencial se había proclamado en los púlpitos y de quien se cantaba el guerrero himno guadalupano al finalizar todas las fiestas religiosas; y debieron, en una palabra, cumplir con lo que Dios les había hecho sentir en el corazón. Si la masa imponente de los pueblos que me seguían, con sus párrocos al frente, que me habían proclamado «suscitado por Dios» elevan un gran clamor á Roma diciéndole: *queremos nuestra independencia nacional que comprometen nuestros Obispos; los pueblos tienen derecho á vivir y vivir queremos*; Roma no hubiera podido menos de oír y tomar alguna determinación definiendo derechos; pero cuando se deja solo al que se proclamaba «suscitado por Dios» y enfrente de él una masa imponente de Mitras, en la corteza humana de la Iglesia obtienen los Prelados toda la ventaja, aunque, por modo de contragolpe la misión de ese hombre quede comprobada por su mismo aislamiento, puesto que esencialmente consiste en personificar el principio por el cual la conciencia individual puede y debe RESISTIR la absorción del yo y de su vocación en el panteísmo de una autoridad despótica.

XI

El P. Plancarte va al interior á predicar mi misma propaganda condenada. — Designio con que se hizo. — Intrigas del P. Plancarte y defección del Sr. Ceniceros. — Plan político del Sr. Labastida. — Cambio de ideales en la prensa católica. — Sus escritos á favor del yankee, antes aborrecido. — El concilio de Oaxaca, juzgado por Tovar como precursor del yankee.

Las hondas raíces que la idea de una misión mía tenía en el ánimo de los pueblos y el mantenerseme fieles muchos partidarios, á pesar de haberse levantado contra mí el Episcopado entero, determinó en los planes del señor

lumió y quiso forzarme á una aparente y perpétua rebeldía. Yo no pude ni debí otorgar la sumisión incondicional ni la retractación que se me pedía, y como prueba de paso, aunque suficiente, daré una.

El Sr. Pbro. ~~Dr.~~ D. MANUEL SOLÉ á quien señalo para las vindictas de la historia, con la risa que jugueteaba en los labios de los adoradores de Nerón cuando veían en el circo romano á los indefensos cristianos, en el dictamen que hizo á gusto de la crueldad de su amo, declaró, como uno de los capítulos de mi retractación, la necesidad de satisfacer á los periódicos católicos (?) á quienes dijo había calumniado yo . . . !


Pues bien ¡oyelo Historia! El mismo Prelado que me exigía esa *reparación*, que estaba con sus sabuesos á partir un piñón, declaró más tarde en su «Boletín Eclesiástico» que esa prensa, censurada por mí, publicaba NOVELAS INMORALES É IMPIAS (5 de Julio de 90) que los diarios católicos LO DESDENABAN; que estaban MALEADOS; que servían á LA CAUSA DE LUZBEL [29 de Noviembre de 90]; que aplaudía hechos NADA CATÓLICOS (20 Diciembre de 90) etc., etc., etc! Esos periódicos que, envidiosos de que yo había sido reconocido jefe del partido católico y de que se veía en mi empresa algo de sobrenatural (Rosa del Tepeyac, Mayo de 89) y se habían unido contra mí olvidando sus rencillas, volvieron al combate y «La Voz» decía al «Heraldo» que «se honraba» con sus soeces insultos (Enero de 91) y «El Nacional» atacaba al «Heraldo» y «El Heraldo» le respondía con puñados de estiércol y «El Tiempo» era atrastrado por el Sr. Sánchez Santos á los tribunales del crimen (24 de Octubre de 91) y se acusaban unos á otros de bajos, de comerciantes, de hipócritas y de anticatólicos . . .

Ellos, con las manecitas cruzadas sobre el pecho en actitud beatífica, habían jurado al Prelado sumisión incondicional; pero luego pisotearon su autoridad y á su vez el Prelado regateó el valor de las recomendaciones que les había dado, declarando en su Boletín que se entendían *en términos hábiles*; se quejó de que lo veían con desprecio (8 de Noviembre de 1880) y «El Heraldo» hizo la más sangrienta burla de la autoridad del Prelado que dijo era como las libranzas «á ocho días vista.» (Diciembre de 1890.)

CON UN SOLO PUNTO en que yo tuviera razón [y la tenía en todos], con UN SOLO PUNTO en que mi Prelado me hubiese calumniado y me exigiese lo imposible, no podía en conciencia dar mi firma en blanco, como se quería, para que él escribiese una retractación de la verdad que yo había sostenido y él comprobó después. El P. Solé y él, eran los que debían haberse retractado por haberme calumniado, y en nombre de esas calumnias, perseguídomel

Quando yo fui condenado, el inmenso partido que yo tenía se escandalizó hondamente. Veían en mí un hombre, no de ambiciones políticas, sino un restaurador del fervor cristiano cuyas armas eran la reforma de las costumbres, la oración, la penitencia y el mútuo amor.

Los guadalupanos nos mirábamos como hermanos, entre nuestros corazones se iban estrechando las distancias y nos considerábamos como la *gran familia guadalupana*. ¡Cuán bellos, y cuán fecundos sentimientos! Era tan patente el carácter de amorosa fraternidad que unía á «la gran familia guadalupana» que el Sr. D. Remigio Tovar, en el tiempo en que empezó á

encelarse de mí y dejó de ser mi amigo, en su opúsculo «Las Peregrinaciones religiosas,» con el claro talento que tenía, vió el movimiento guadalupano con  el carácter de una NUEVA INSTITUCION religiosa nacional capaz de suplir á las extinguidas órdenes religiosas. Este inmenso fervor que producía maravillas de amor, que hacía que en Tlajomulco el Sr. Cura Valadez instituyese una sociedad expiatoria de penitencia con el objeto de que Dios me protegiera é iluminara (según me decía en uno de sus cartas) fué apagado con torrentes de cólera por los Prelados. Era una de aquellas horas de gracia que, para no volver, disfrutaban los individuos y los pueblos; pero no fué bien correspondido el don de Dios! Al levantarse los Prelados á condenar lo que habían aprobado y que era *el patriotismo, la justicia y la virtud*, los pueblos que me seguían, los sacerdotes que proclamaban y reconocían en mí una *misión* que también reconoció el Ilmo. Sr. Obispo de Yucatán, según su periódico «El Amigo de el País» [Nov. de 88]; esos pueblos, esos sacerdotes, digo, debieron mantenerse más firmes en torno mío y no irse desgranando poco á poco. Me debieron formar una muralla de fuerza; me debieron proporcionar los auxilios necesarios para hacer triunfar en Roma nuestra causa; debieron hacer por mí más de lo que hicieron por Parnell los católicos irlandeses; debieron ser consecuentes y lógicos con el hombre cuya misión providencial se había proclamado en los púlpitos y de quien se cantaba el guerrero himno guadalupano al finalizar todas las fiestas religiosas; y debieron, en una palabra, cumplir con lo que Dios les había hecho sentir en el corazón. Si la masa imponente de los pueblos que me seguían, con sus párrocos al frente, que me habían proclamado «suscitado por Dios» elevan un gran clamor á Roma diciéndole: *queremos nuestra independencia nacional que comprometen nuestros Obispos; los pueblos tienen derecho á vivir y vivir queremos*; Roma no hubiera podido menos de oír y tomar alguna determinación definiendo derechos; pero cuando se deja solo al que se proclamaba «suscitado por Dios» y enfrente de él una masa imponente de Mitras, en la corteza humana de la Iglesia obtienen los Prelados toda la ventaja, aunque, por modo de contragolpe la misión de ese hombre quede comprobada por su mismo aislamiento, puesto que esencialmente consiste en personificar el principio por el cual la conciencia individual puede y debe RESISTIR la absorción del yo y de su vocación en el panteísmo de una autoridad despótica.

XI

El P. Plancarte va al interior á predicar mi misma propaganda condenada. — Designio con que se hizo. — Intrigas del P. Plancarte y defección del Sr. Ceniceros. — Plan político del Sr. Labastida. — Cambio de ideales en la prensa católica. — Sus escritos á favor del yankee, antes aborrecido. — El concilio de Oaxaca, juzgado por Tovar como precursor del yankee.

Las hondas raíces que la idea de una misión mía tenía en el ánimo de los pueblos y el mantenerseme fieles muchos partidarios, á pesar de haberse levantado contra mí el Episcopado entero, determinó en los planes del señor

Labastida un movimiento estratégico, en que no le importó ponerse en contradicción. El P. Plancarte fué al interior de la República, donde estaba el núcleo principal de mis partidarios, á trabar inteligencias, á haer ofertas, y á predicar con vehemencia **LO MISMO** que yo sostenía, MI MISMA propaganda guadalupana que con tanto estrépito se acababa de condenar!

Refiriéndose á este hecho extraño, me escribía de Aguascalientes el 1.º de Octubre de 1889, el Sr. D. Urbano González, mi corresponsal, lo siguiente:

«El domingo tuve una polémica con una persona que era Terracista y ya no lo es; éste me preguntó si todavía era yo Terracista y le dije: nunca me ha gustado de buenas á primeras ser de dos caras y menos abatir y despreciar al caído ni adular á nadie. Luego me dijo: fíjese usted y **por lo que ha predicado el P. Plancarte se conoce que Terrazas es un calumniador del señor Arzobispo. Usted ve que dice de los yankees LO QUE TERRAZAS y de la Virgen de Guadalupe LO MISMO;** no hay tal de que el Sr. Arzobispo no sea patriota ¿lo ha notado usted? Entonces le dije: soy un ignorante; pero ¿por qué no habían predicado antes de que tumbaran á Terrazas este patriotismo y esta propaganda, sino hasta ahora? y digan lo que quieran, Terrazas *inició* y levantó su bandera, y la gloria de esta conquista es de Terrazas.»

Aquel ex-partidario mío y muchos que estaban en su caso debieron sacar consecuencia radicalmente contraria y escandalizarse, no de mí, sino del Arzobispo que con patente deslealtad mandaba predicar **LO MISMO** que á todo un Episcopado había hecho condenar, pues esto denunciaba un camino tortuoso como el de la serpiente, y una INTRIGA, un SECRETO que, una vez descubierto, debió reaccionar en el ánimo de los pueblos. Pero para estos, lo mismo que para el individuo que desoyó la voz de la gracia, la ceguera, la falta de percepción es el castigo: *animalis homo non percipit*.

Lo que pocos percibieron y debían haber percibido todos, era que mis intrigantes calumniadores jugaban con la conciencia de los pueblos y que viendo el prestigio que, á pesar de sus trabajos, me quedaba, y no pudiendo persuadirlos de que fuera mala mi propaganda, la aceptaron momentáneamente para hacerse seguir de estos y llegar al soñado fin de ellos y de la masonería: arrancarme la jefatura para llevarnos después . . . á donde nos ha llevado «El País»!

Diversas personas del interior me escribieron admiradas de que el P. Plancarte fuese á predicarles **LO MISMO** que se acababa de condenar; pero de las cartas entonces recibidas me parece conveniente insertar aquí la que el Sr. D. Aurelio Romo me dirigió de Zacatecas el 1.º de Octubre de 1889. En la parte conducente dice así:

«Hace poco, como vd. sabría, estuvo en esta ciudad el P. Plancarte. Al día siguiente de su llegada y por espacio de diez ó doce días consecutivos, ocupó todas las noches la sagrada cátedra, exponiendo admirablemente cuando el asunto de su discurso lo requería **la doctrina contenida EN LA BANDERA Y REINO GUADALUPANO.** Con tal motivo, y estando el Sr. Ceniceros en un establecimiento público dijo á los que con él conversaban: «Terrazas se ha suicidado moralmente. **La Bandera Guadalu-**

pana queda en pie; **AHI LA TENEMOS EN EL P. PLANCARTE**

«Además, el ya dicho P. Plancarte, tuvo, según se dice, muchas y muy largas conferencias con el Ilmo. señor Obispo y algunos de los capitulares que fueron, si no me engaño, los . . . H. (que fué uno de los que calumniaron á vd.) y otro que hasta ahora no se quién haya sido.

«En esos días, hablando el Vicario General de la Diócesis con el Lic. Ceniceros le dijo entre otras cosas: *no, hombre, convéznase vd., que dentro de poco su periódico será de mucha importancia.* Y poco después el P. Plancarte solicitó una conferencia *absolutamente privada* con el Lic. Ceniceros, entrevista que al fin verificó en la casa del último, según me informan.

«Ultimamente el Ilmo. Sr. Portillo llamó á Ceniceros y le suplicó permitiera al Sr. Administrador de el Seminario, escribir en «La Rosa.» Esta súplica, comprometió al señor Licenciado (así lo dijo él) que no pudo menos de acceder al deseo de S. Ilma. aunque con el firme propósito de retirar los escritos del nuevo redactor tan luego como en algo tocaran á la cuestión Terrazas.

«Resultado de todo lo anterior fué: que después de bien aleccionado el favorito del Sr. Armas por las figuras prominentes del partido conservador en México llegó en mala hora para muchos á esta capital.

«Estos son los hechos. Y de ellos, y de otros antecedentes, y atando cabos, como vulgarmente se dice, deduzco:

«1.º Que los más de los Ilmos. Sres. Arzobispos y Obispos de la República de conformidad con las reliquias del partido conservador y **CON EL SR. LABASTIDA Á SU CABEZA TRABAJAN TENAZMENTE EN EL DESARROLLO DE UN VASTO PLAN POLITICO.**

«2.º Que al ilustre metropolitano de México le agrada sobre manera la doctrina de usted excepto en los puntos que motivaron el tan cacareado cisma. Le agrada, repito, y por esto vino el P. Plancarte á predicárnosla.

«3.º Que el mismo Padre en el plan que se está desenvolviendo, es el brazo derecho de S. Ilma., su embajador cerca de los demás Sres. Obispos y por último, el que con magníficas recomendaciones de su dignísimo Prelado vino á esta ciudad (así como á otras) á tratar asuntos de muchísima importancia.

«4.º Que Ceniceros pertenece al *nuevo partido*, que esta interiorizado del plan en cuestión, que «Rosita» y Pepe se han reconciliado y que la primera es ya órgano del «Partido Pelagiano.»

Para comprender bien la carta anterior, deben saber los lectores que el Administrador á quien se alude, el Sr. Esparza, ha sido y es mi acérrimo enemigo; que se había separado de «La Rosa» porque el Sr. Ceniceros que era muy mi adicto no quiso que me atacara en ella; que el Sr. Ceniceros que era el centro y jefe de la organización católica del Estado de Zacatecas, me traicionó á pesar de haberme llamado «electo» de la Virgen é «inspirado por Dios.» Mas lo que el señor Romo no entendió bien, era que el *plan político* á que se refería y cuyos secretos apenas columbraba no iba á apoyarse en mi «Bandera» como suponía, sino que llevaba por objeto apo-

derarse de ella para eliminarme partidarios y luego destruir como «El País,» lo ha hecho esa misma bandera.

Por su parte el Sr. D. Jesús Prieto, otro corresponsal mío en Zacatecas, me escribía en 11 de Septiembre de 89: «Aquí tenemos al P. Plancarte: predica la *propaganda guadalupana*. Creo yo que es un emisario del Sr. Labastida para quitar á usted la bandera.»

Antes de que el Sr. Ceniceros me traicionase y se cumplieran las promesas que le hiciera el Sr. Armas, escribió á diversas personas en el sentido de que «la patria y la religión eran antes que el Prelado» y que en todo lo acontecido había «mucho de política y de intrigas tenebrosas.» Poseo copia juramentada de una de estas comunicaciones que me remitió de Tecolotlán el Sr. D. Luis G. Cueva.

Al principio de mi propaganda no creí prudente denunciar los funestos intentos del Prelado que sabía de sus mismos labios. Acerca de esto tengo una prueba que había olvidado en el cúmulo de mis papeles, y es la siguiente. Al Sr. Provisor Díaz y Vargas había llegado yo á persuadir de lo desalentado de la política Labastida, al grado de que alguna vez él mismo le entregó una carta en que suplicaba yo amorosamente al Prelado que viese el abismo á donde nos llevaba. A esta carta muy interesante y sumamente extensa donde hablo de secretos QUE NO SE PUEDEN PUBLICAR, alude el documento á que me he referido y es otra carta de más de dos pliegos que escribí en la casa del Sr. Ingeniero D. Manuel Velasco, que llevó al señor Previsor para entregar al Sr. Labastida, él ó su hermano D. Octavio y de la cual encontré copia hecha de puño y letra de uno de estos señores. Queda, pues, probado que el señor Provisor recibió la carta á que me contraigo, que es de fecha 25 de Enero de 1887. En esta carta hago alusión á una larga historia de discusiones con el Sr. Labastida, cito las predicciones más cumplidas y hago otras que hoy se están realizando. Pues bien, tanto en esa carta de 25 de Enero como en la otra, cuyo borrador tengo, hablo al Sr. Labastida con respetuosa, pero con cristiana franqueza, de sus íntimas ligas con los enemigos de la Iglesia, de que él contrariaba toda reacción, por el temor de que lo persiguieran, como me lo había dicho él mismo, y de su funesto plan de *no contrariar la conquista pacífica para favorecer al catolicismo*. En esta carta de 25 de Enero consta que, el Prelado como Prelado, no me había reprobado y que escribía CON SU LICENCIA, pues alguna vez que tuvimos una discusión ardiente acerca del patriotismo, yo lo acorralé y lo vencí de tal manera que, preguntándole si *en conciencia* me podía prohibir seguir escribiendo me dijo que: *no podía en conciencia y que eran solo sus opiniones particulares*. Por esto he dicho al principio de este opúsculo que la conducta del Sr. Labastida era EQUÍVOCA. Lo que á la distancia del tiempo he comprendido es que muchas veces me aprobaba ostensiblemente reservándose por lo secreto desbaratar mis planes, como sucedió en diversas ocasiones en que antes de pensar que podía yo conseguir elementos, me hacía presentarle proyectos de periódicos y me entretenía, y luego, con un pretexto ó con otro, difería la realización, ó me encontraba al fin con que *la persona que daba los elementos, se arrepentía*. No lo calumnio al aseverar esto, pues él mismo probó su deslealtad cuando dijo en documento público,

que había hecho esfuerzos inauditos por impedir mi propaganda. Sí, pues, queda probado que fué intrigante y me calumnió en unas cosas ¿no es de sospechar que algo extraño y que no podía decir encerraba la política Labastida? Si hubiera sido *limpia*, no había necesidad de intrigas ni de tornasoles, ni de contradicciones, ni de engaños. Cuando me fué preciso indicar algo de lo que había en su fondo y era su tendencia á borrar toda oposición política hasta «hacer á los católicos besar la mano del gobierno» [Reino de 18 de Abril de 89] se me tachó de calumniador . . . y de mi acusación justísima se hizo una arma contra mí. Hoy que «El País» adora la actual situación ¿qué tienen que decir los que me calumniaban como calumniador? También entonces, sin decir lo que de labios del Sr. Labastida sabía, indiqué como plan y propósito de los enemigos lo que yo llamaba la *traducción al catolicismo, de la conquista pacífica*. Ya hemos visto en la carta del Sr. D. Urbano González que por esto se me llamaba también calumniador . . . Pero todo ha salido tal y como yo lo indiqué, sin faltar punto ni coma. Luego, si entonces se negaba y de ello mismo se hacía una arma contra mí ¿cuál de los dos conductas es la RÉPROBADA, la del apóstol del patriotismo religioso ó la de los que mienten para desprestigiar, la de los que fingen para hacer mañana lo contrario de lo que dicen hoy? De que han mentado, de que no juegan limpio hay infinitas pruebas, una de ellas, los artículos publicados por el Sr. D. R. Tovar en «El Tiempo» particularmente el de 15 de Diciembre de 1892, á que hace referencia el escrito que poco antes de la Coronación circularon unos patriotas, y del cual reproduzco lo siguiente:

«Se ha dicho también (se habla del concilio de Oaxaca) que en todo lo que se proyecta con respecto á innovaciones eclesiásticas se tomarán en cuenta *altas inspiraciones*, EXIGENCIAS ACASO, que á la larga ó muy luego, tendrán por resultado la proscripción de nuestra antigua y tradicional escuela en el Episcopado mexicano; que se irá reemplazando por *hombres de progreso* y que no sirvan de rémora y obstáculo á los avances del siglo, y que como el clero mexicano no puede proporcionar ni dar de sí los insignes progresistas que se han menester para ciertas miras VENDRÁN DE OTRA PARTE [de los E. Unidos,] aunque el sacerdocio entonces no pueda desempeñar la misión SOCIAL Y PATRIÓTICA QUE LE CUMPLE, por más que desempeñe su ministerio sagrado y ritual.»

«Esta preciosa revelación del «Tiempo» concuerda con todo lo que estamos viendo y es la explicación de la política del Ilmo. Sr. Labastida y del P. Plancarte. No sin motivo el periódico yankee, *Las dos Repúblicas* dice que mientras los clericales de México han recibido con disgusto el nombramiento de Abad en el P. Plancarte, LOS E. UNIDOS LO HAN APLAUDIDO.... Con razón el P. Plancarte que en Diciembre de 91 NEGABA por una carta al «Tiempo» que en su viaje á los E. Unidos hubiese convidado para la Coronación á Obispos americanos, ahora los trae, á fin de que delante del ahorcado no se pueda mentar la soga, ó lo que es lo mismo, á fin de que no se pueda decir que el pensamiento guadalupano es esencialmente contra la conquista pacífica. Por eso con socarrona burla el «Diario del Hogar» decía en Diciembre 12 de 1891 contestando al P. Plancarte: «estamos siendo víctimas

de la conquista pacífica y solo hace falta la cooperación de todos esos Sres. Obispos americanos.»

«Si en convidar á los Obispos americanos á la Coronación no hay gato encerrado ¿por qué con tanto afán lo negaba el P. Plancarte? La ropa limpia no necesita jabón. Esta nueva conquista pacífica ha avanzado mucho. Comienza por negar la invitación y ya que las cosas van más adelantadas, trae de visita á los sacerdotes americanos. Más tarde, si el P. Plancarte continúa, tendremos curas americanos y Obispos americanos.»

El Ilmo. Sr. Alarcón, por su parte, ha continuado y ha hecho avanzar más la política Labastida. Cuando «El Tiempo» emprendió una campaña para que no se recibiesen las banderas que los americanos nos quitaron en 1847 y que pretendían devolver, bastó un párrafo del periódico yankee *The Two Republics* para que S. Ilmo. desautorizase al «Tiempo»; pero no fué por la respuesta á Roma porque este periódico, que se dijo sumiso incondicionalmente, le contestó que no le hacía ningún caso en materias patrióticas. (20 de Abril de 92).

Esta tendencia de extranjerizar el culto y de traer sacerdotes americanos es la que ha determinado muchas medidas de la autoridad eclesiástica y «Le Courrier du Mexique» de 31 del último Julio, declara su poca simpatía por la Iglesia del Colegio de Niñas por ser franco americana, depender de un superior de los E. Unidos y porque los P. P. Maristas pretenden establecer nuevas misiones inglesas en México. «El Imparcial» y otros periódicos, en más de una ocasión han echado una sonda á la opinión pública hablando de la probabilidad de que fuese nombrado para una diócesis de México un Prelado norte americano.

La política de guadalupanismo ayankado, que es tanto como decir triángulo redondo, que imputé al Ilmo. Sr. Labastida ya que me fué indispensable defenderme, hoy ha salido en el grado de luz suficiente para que se me conceda la razón. Podré caer como he caído, víctima hourada de mi patriotismo intransigente; pero la historia escribirá que lo que por voto prometí á la Virgen de Guadalupe lo he cumplido, y que en medio de una sociedad degenerada y sin ideales hubo un hombre que afrontó la más espantosa persecución sólo por haber sido bastante digno, bastante independiente para no aceptar la idea de que D. Oppas vale más que D. Pelayo!

Por no hacer demasiado extenso este cuaderno cerraré la parte relativa al asunto de la conquista traducida al catolicismo con dos citas que muestran el espíritu que mueve actualmente á algunos católicos.

Decía «El País» de 20 del último Abril: «el liberalismo radical y reformista tiene que perder en manos de nuestros vecinos, algo más aún que nosotros... el jacobinismo perdería... su amada Reforma que no encaja bien ni mal en las instituciones anglo americanas; en tanto que á los católicos, nos quedaría al menos, la verdadera libertad religiosa, que hoy el jacobinismo nos escatima cuanto puede, molestándonos constantemente en nuestras creencias.»

«La Voz» en 19 de Febrero de 1890, escribía: «Si llega el evento desgraciado á que nos lanza aceleradamente la acción maléfica del liberalismo: la absorción de México por los E. Unidos, LA IGLESIA NO CORRERÍA

PELIGRO ALGUNO. El gran aumento del catolicismo entre nuestros vecinos, es *garantía suya*. Triste es decir que sea necesario defender la religión de los propios; y que NO SE TEMA EL INFLUJO DE LOS EXTRAÑOS.»

XII

La paz actual, llamada antes de los sepulcros por la prensa católica, y hoy SUBLIME, por el Ilmo. Sr. Silva.—La constitución de 57, antes excomulgada, hoy declarada un ideal.—El Sr. Alarcón humillándose al «Universal».—Los elogios á la situación actual son según confesión de «El Tiempo», miedo, envilecimiento, y complicidad.—Palinodia de «El País.»

Otra de las graves inconsecuencias del partido católico es aceptar y hasta glorificar la actual situación, alabando á coro con el Ilmo. Sr. Silva, la obra «sublime» de una paz que un predicador guadalupano llamó en otro tiempo «de los sepulcros.» Para que los católicos comulguen con ruedas de molino, se ha hecho una distinción por todo extremo curiosa: «El País» dice que lo que el acepta como «fórmula» de unión entre católicos y liberales es no el liberalismo, sino la *fórmula personal* del señor Presidente; pero, como el señor Presidente es un gobernante liberal por los cuatro costados y de él depende el Ministro de Gobernación y del Ministro de Gobernación el Gobernador del Distrito y del Gobernador del Distrito el Jefe de Policía, ó más bien dicho, todos dependen de un modo inmediato del señor Presidente, debido á la suma centralización del poder ¿cómo explica «El País» su artículo de 1.º de Julio último denunciando al Jefe de policía y al Gobernador del Distrito por haber previsto y cooperado á lo sucedido en las manifestaciones anticlericales, en vez de impedirlo? (4 de Julio último). ¿Cómo explica sus contradicciones cuando habla del «completo buen éxito» de la política presidencial entre los católicos y combate al «Imparcial» como un ariete del catolicismo, si en el mismo artículo declara que el Ejecutivo paga é inspira al «Imparcial»? (2 de Julio.) ¿Cómo explica su maraña de inconsecuencias cuando dice que ya los católicos (*¡qué católicos!*) realizan el ideal (*¡qué ideal!*) de la constitución de 57 que es el «más alto fin político del Sr. Díaz» [8 de Julio] y cuando afirma que el Sr. Díaz ha estado inflexible en no modificar ley alguna hostil á la Iglesia? [20 de Julio]. ¡La historia lo escribirá! Escribirá y yo le doy el hilo conductor, que los católicos mexicanos alabaron una «sublime paz» en que los Obispos refregaban la boca del Sr. Sánchez Santos en las inmundicias de «El Combate» para que este quedase vencedor; que el P. Plancarte brindó liberalmente con su insultador Velázquez y le hizo grandes honores en el banquete de la Coronación; («Siglo XIX», Nov. de 95); que el Ilmo. Sr. Alarcón, cuya casa fué allanada por aquel al arrebatarle un objeto histórico, llegó á ser SU INTIMO; que el mismo Prelado se humilló dirigiéndose al «Universal» en 24 de Julio de 1901 y recibió de éste respuesta despreciativa que debió esperar.

Pero volvamos á «la fórmula» que han aceptado los católicos. Ya he dicho al principio de este opúsculo que me retiro de toda acción política y

de la conquista pacífica y solo hace falta la cooperación de todos esos Sres. Obispos americanos.»

«Si en convidar á los Obispos americanos á la Coronación no hay gato encerrado ¿por qué con tanto afán lo negaba el P. Plancarte? La ropa limpia no necesita jabón. Esta nueva conquista pacífica ha avanzado mucho. Comienza por negar la invitación y ya que las cosas van más adelantadas, trae de visita á los sacerdotes americanos. Más tarde, si el P. Plancarte continúa, tendremos curas americanos y Obispos americanos.»

El Ilmo. Sr. Alarcón, por su parte, ha continuado y ha hecho avanzar más la política Labastida. Cuando «El Tiempo» emprendió una campaña para que no se recibiesen las banderas que los americanos nos quitaron en 1847 y que pretendían devolver, bastó un párrafo del periódico yankee *The Two Republics* para que S. Ilmo. desautorizase al «Tiempo»; pero no fué por la respuesta á Roma porque este periódico, que se dijo sumiso incondicionalmente, le contestó que no le hacía ningún caso en materias patrióticas. (20 de Abril de 92).

Esta tendencia de extranjerizar el culto y de traer sacerdotes americanos es la que ha determinado muchas medidas de la autoridad eclesiástica y «Le Courrier du Mexique» de 31 del último Julio, declara su poca simpatía por la Iglesia del Colegio de Niñas por ser franco americana, depender de un superior de los E. Unidos y porque los P. P. Maristas pretenden establecer nuevas misiones inglesas en México. «El Imparcial» y otros periódicos, en más de una ocasión han echado una sonda á la opinión pública hablando de la probabilidad de que fuese nombrado para una diócesis de México un Prelado norte americano.

La política de guadalupanismo ayankado, que es tanto como decir triángulo redondo, que imputé al Ilmo. Sr. Labastida ya que me fué indispensable defenderme, hoy ha salido en el grado de luz suficiente para que se me conceda la razón. Podré caer como he caído, víctima hourada de mi patriotismo intransigente; pero la historia escribirá que lo que por voto prometí á la Virgen de Guadalupe lo he cumplido, y que en medio de una sociedad degenerada y sin ideales hubo un hombre que afrontó la más espantosa persecución sólo por haber sido bastante digno, bastante independiente para no aceptar la idea de que D. Oppas vale más que D. Pelayo!

Por no hacer demasiado extenso este cuaderno cerraré la parte relativa al asunto de la conquista traducida al catolicismo con dos citas que muestran el espíritu que mueve actualmente á algunos católicos.

Decía «El País» de 20 del último Abril: «el liberalismo radical y reformista tiene que perder en manos de nuestros vecinos, algo más aún que nosotros... el jacobinismo perdería... su amada Reforma que no encaja bien ni mal en las instituciones anglo americanas; en tanto que á los católicos, nos quedaría al menos, la verdadera libertad religiosa, que hoy el jacobinismo nos escatima cuanto puede, molestándonos constantemente en nuestras creencias.»

«La Voz» en 19 de Febrero de 1890, escribía: «Si llega el evento desgraciado á que nos lanza aceleradamente la acción maléfica del liberalismo: la absorción de México por los E. Unidos, LA IGLESIA NO CORRERÍA

PELIGRO ALGUNO. El gran aumento del catolicismo entre nuestros vecinos, es *garantía suya*. Triste es decir que sea necesario defender la religión de los propios; y que NO SE TEMA EL INFLUJO DE LOS EXTRAÑOS.»

XII

La paz actual, llamada antes de los sepulcros por la prensa católica, y hoy SUBLIME, por el Ilmo. Sr. Silva.—La constitución de 57, antes excomulgada, hoy declarada un ideal.—El Sr. Alarcón humillándose al «Universal».—Los elogios á la situación actual son según confesión de «El Tiempo», miedo, envilecimiento, y complicidad.—Palinodia de «El País.»

Otra de las graves inconsecuencias del partido católico es aceptar y hasta glorificar la actual situación, alabando á coro con el Ilmo. Sr. Silva, la obra «sublime» de una paz que un predicador guadalupano llamó en otro tiempo «de los sepulcros.» Para que los católicos comulguen con ruedas de molino, se ha hecho una distinción por todo extremo curiosa: «El País» dice que lo que el acepta como «fórmula» de unión entre católicos y liberales es no el liberalismo, sino la *fórmula personal* del señor Presidente; pero, como el señor Presidente es un gobernante liberal por los cuatro costados y de él depende el Ministro de Gobernación y del Ministro de Gobernación el Gobernador del Distrito y del Gobernador del Distrito el Jefe de Policía, ó más bien dicho, todos dependen de un modo inmediato del señor Presidente, debido á la suma centralización del poder ¿cómo explica «El País» su artículo de 1.º de Julio último denunciando al Jefe de policía y al Gobernador del Distrito por haber previsto y cooperado á lo sucedido en las manifestaciones anticlericales, en vez de impedirlo? (4 de Julio último). ¿Cómo explica sus contradicciones cuando habla del «completo buen éxito» de la política presidencial entre los católicos y combate al «Imparcial» como un ariete del catolicismo, si en el mismo artículo declara que el Ejecutivo paga é inspira al «Imparcial»? (2 de Julio.) ¿Cómo explica su maraña de inconsecuencias cuando dice que ya los católicos (*¡qué católicos!*) realizan el ideal (*¡qué ideal!*) de la constitución de 57 que es el «más alto fin político del Sr. Díaz» [8 de Julio] y cuando afirma que el Sr. Díaz ha estado inflexible en no modificar ley alguna hostil á la Iglesia? [20 de Julio]. ¡La historia lo escribirá! Escribirá y yo le doy el hilo conductor, que los católicos mexicanos alabaron una «sublime paz» en que los Obispos refregaban la boca del Sr. Sánchez Santos en las inmundicias de «El Combate» para que este quedase vencedor; que el P. Plancarte brindó liberalmente con su insultador Velázquez y le hizo grandes honores en el banquete de la Coronación; («Siglo XIX», Nov. de 95); que el Ilmo. Sr. Alarcón, cuya casa fué allanada por aquel al arrebatarle un objeto histórico, llegó á ser SU INTIMO; que el mismo Prelado se humilló dirigiéndose al «Universal» en 24 de Julio de 1901 y recibió de éste respuesta despreciativa que debió esperar.

Pero volvamos á «la fórmula» que han aceptado los católicos. Ya he dicho al principio de este opúsculo que me retiro de toda acción política y

que hablo sólo á título de historia. Empero, al hacerlo, debo hablar según mis antiguas y nunca desmentidas convicciones.

Los católicos aceptan una "paz sublime" en que nada ha adelantado, si no es su *envilecimiento*. A la prueba me remito, tomada de la parte contraria. Véase lo que decía "El Tiempo" de 30 de Diciembre de 1891 en su artículo "Falsa prudencia:"

"Sin embargo, si aún EN LO RELIGIOSO estuviéramos todos firmes; si al *non possumus* de la Iglesia respondiera unánime el nuestro; si EN VEZ DE SOÑAR PROSPERIDADES Y VENTURAS («¡oh paz sublime!») bajo el yugo liberal, tuviésemos siempre la convicción de que estamos en época DE CASTIGO, DE PERSECUSIÓN Y DESORDEN (¡hurra por la paz!); si en la mano que hiere á alguno de nuestros hermanos, los católicos viésemos una mano enemiga, y no tratásemos de HALAGARLA [¡no digo que están envilecidos?]; si en vez de enjugar el llanto de nuestro hermano herido, no dijésemos á gritos hasta por la prensa: "bien merecido se lo tiene por imprudente, á ver si así escarmenta; si con este cobarde é infame razonamiento no ALENTÁRAMOS al enemigo [qué propaganda tan protegida; dígallo yo] desalentando al campeón que sabe combatir; si en fin, con esa prudencia no paliásemos DEFECIONES más ó menos RASTRERAS, el liberalismo nos despreciaría menos, nos dañaría menos y nos respetaría mucho más. (¡Medio de oro!)....."

"Horrible es ver que por miedo y por egoísmo el INFAME obtenga de los mismos buenos (???) respetos, consideraciones, elogios, hasta BAJEZAS y el hermano que sufre solo alcance sarcasmos....."

Según «La Voz de la Verdad» de Oaxaca, en artículo reproducido por "El Tiempo" de 13 Agosto de 1897; es decir, seis años después, las cosas no habían variado, á pesar de que la prensa católica (???) contradiciéndose siempre había tenido elogios para la situación de los católicos y «la paz sublime.» El referido periódico declaraba que "el error y el vicio marchaban en paseo triunfal, y la verdad y la virtud trabajosamente," debido á LA PREVARICACION de los buenos [?] que doblan VILMENTE la cabeza bajo la vara despótica de los perversos, merced á una conciliación que solo merece los epítetos de COBARDE Y MISERABLE; conducta de CONNIVENCIA y de COMPLICIDAD que permite al lobo el destrozarse A MILLARES las ovejas del redil de Cristo." No soy yo, el que afirma esto acerca de la "sublime paz," es otro, el cual concluye diciendo que alguien con razón había dicho que el verdadero enemigo estaba EN EL CAMPO CATÓLICO.

¡Oh qué bien se explica que al que quiso deslindar situaciones, despertar dormidos y cortar abusos, se le califique de *asqueroso!*

Empeñados los católicos [?] en llamar blanco á lo negro no han cesado de comer á manteles sus contradicciones; pero la verdad resaltará triunfante, resplandeciente y pura para la historia en esta fresca y lozana confesión de "El País" de 20 de Julio de 1901:

"Mas véamos qué «AVANCES» son esos que hace el clericalismo. Comencemos por la legislación. TODAS las leyes que en estos ÚLTIMOS TIEMPOS se han expedido son ANTICLERICALES, todos llevan el sello de determinada hostilidad á la Iglesia católica....."

"No se ha dado aún el caso de que UNA SOLA LEY siquiera haya sido reformada en sentido favorable á nuestras creencias religiosas. Esos son los AVANCES del clericalismo en punto á legislación.

"¿Qué se ha logrado en materia de instrucción religiosa en las escuelas y colegios oficiales? Absolutamente NADA. Por el contrario, á pesar de que hay liberales que reconocen los desastrosos efectos de la instrucción laica en la actitud del gobierno en esta, COMO EN TODAS LAS DEMÁS CUESTIONES QUE AFECTAN AL LIBERALISMO es INEXORABLE hasta hoy. LEJOS DE CEDER en este punto el gobierno á la opinión católica, nuestros establecimientos de enseñanza se han visto precisados á ADOPTAR los programas de estudios decretados por el gobierno en sus propios planteles. ¿Donde, pues, se ha señalado el AVANCE en esta dirección? Ya lo ve el lector: en ninguna parte.

"A la fuerza de la legislación y al poder de la enseñanza pública, ambas CONTRARIAS AL CATOLICISMO, deberá agregarse LA TREMENDA guerra de la prensa.

"En esta línea, la prensa anticatólica NO HA RECONOCIDO LÍMITE, según consta á cuantos leen periódicos, y esa prensa, como es también muy sabido, ha contado con grandes facilidades para realizar sus propósitos de propaganda racionalista y atea.

"El liberalismo ha tenido en su favor toda clase de elementos, cuantas ventajas hubiera podido desear LEGISLACIÓN, ESCUELAS Y COLEGIOS OFICIALES PRENSA SUBVENCIONADA, influencia PODEROSÍSIMA... y después de TREINTA AÑOS DE CAMPAÑA INCESANTE [«¡oh paz magnífica!»] y casi siempre ENCARNIZADA contra la fe religiosa, se agita gritando por boca de un alto funcionario de la masonería, que es preciso combatir los AVANCES del clericalismo."

XIII

La política Labastida Alarcón se ha valido de la intriga, de la calumnia y de toda clase de medios reprobados.—Ha sofocado la gracia en los pueblos.—Ha envilecido para triunfar.—Sermones en que se predicó mi propaganda.—Obispos que han faltado á la verdad.—Un cura miente contra el testimonio de un pueblo entero.—Otro pisotea su juramento.

Para que se vea mejor el tuerte enlace que une la política Labastida con la política Alarcón, y la poca limpieza de sus medios, es preciso sondear más en la llaga. Una vez que los lectores queden bien persuadidos de que esa política es *tortuosa*, ya no les sorprenderá la calificación que me ha lanzado y aun antes de que yo entre en la íntima probanza de mi rectitud en materia de dirección espiritual, los lectores se adelantarán diciendo á esa política: «ya te conocemos y en tí nada nos sorprende.»

Esa política ha caminado sofocando la gracia, mintiendo, y haciendo mentir, calumniando, y haciendo calumniar; haciendo pasar á los mismos sacerdotes y Prelados sobre su firma, como caballeros y sobre su sotana, como sacerdotes; esa

política se ha servido de la dádiva que corrompe y de la amenaza que envilece; y para extinguir mi acción no se ha valido de medios canónicos, sino de intrigas y opresión á las conciencias, logrando su ruina espiritual.

Y si yo pruebo esto con documentos públicos y si esto ha hecho á la luz del día ¿qué no habrá hecho en las tinieblas dónde y cuando se creía irresponsable? Si á Obispos y sacerdotes ha hecho pasar hasta sobre SUS JURAMENTOS ¿qué no habrá hecho con almas asustadas con el aparato y amago del poder y el temor de complicaciones en el seno de sus familias?

La política Labastida-Alarcón ha sofocado la gracia. Lleno, repleto, rebosante está «El Reino Guadalupano» de las noticias de obras religiosas, oraciones, comuniones, penitencias, peregrinaciones que se hacían á moción mía; el clero del país se había levantado y ofrecía un cuadro semejante al que ofreció en Francia cuando Montalembert la recorrió despertando las conciencias dormidas. «Por el Señor ha sido hecho esto y es admirable á nuestros ojos, decía de ello el Sr. Parga, en nombre de la Mitra de Guadalajara; «no os espanteis aunque vengan en contra poderosas naciones extranjeras,» decía el Sr. Rosas, en nombre de la Mitra de Querétaro; «este es el camino: no os desviéis ni á la derecha ni á la izquierda, afirmaba el Sr. Vargas en nombre de la Mitra de Puebla; «el patriotismo religioso y la resistencia al extranjero que predico, decía el Sr. Ordóñez en nombre de la Mitra de Chiapas, no contradicen el principio que nos manda amar á nuestros enemigos;» y el Sr. Abarca en su sermón por la Mitra de Michoacán, miraba tan cercano el triunfo y tan avanzado el movimiento que yo inicié, sostuve y dirigí, que en presencia de los enemigos no temió decir que la fuerza física sigue el impulso y la dirección de la opinión y de la fuerza moral, y en la sacristía de la Colegiata ante numeroso concurso me devolvió la felicitación que le dirigí, diciéndome que era mi comentador.

Algo muy grande y muy fuerte había creado yo, pues que para destruirlo se necesitó el auxilio de veintitantos Obispos que se hirieron á sí mismos! Entonces hasta con mi nombre se predicó en la catedral de Zacatecas; el Ilmo. Sr. Obispo de Yucatán proclamaba en mí una «misión;» el Ilmo. Sr. Silva, en función donde se cantó mi himno guadalupano, predicaba patrióticamente y nuestros peregrinos cantaban el himno nacional *al pasar el Bravo.*

Hoy . . . «El País» ha dicho que bajo el dominio del Norte se llegaría á **UN NUEVO TRIUNFO DEL CATOLICISMO AL DOLOROSÍSIMO PRECIO DE LA NACIONALIDAD.** [26 de Junio de 1901].

La política Labastida-Alarcón ha mentido. Ya hemos visto que el P. Planarte negaba su invitación á Prelados americanos que trajo después y que predicó lo que su tío había condenado. Ya hemos visto que el Sr. Labastida me felicitó por mi propaganda en carta de Octubre 15 de 1887 y que la declaró luego *venenosa.*

La política Labastida-Alarcón ha hecho mentir. El Ilmo. Sr. Obispo de Querétaro hizo coro al Sr. Labastida pero apoyó mi propaganda. Entre sus cartas tengo una en que adjunta de su puño y letra la lista de sus curas y me dice que cree lo mismo que yo, que la Virgen de Guadalupe es «nuestro Paladío.» El Ilmo. Sr. Barón estuvo conforme «en todos los puntos» con el

Sr. Labastida que no me aprobaba *bajo ningún aspecto;* sin embargo, me escribió cartas apoyando mi propaganda. El Ilmo. Sr. Obispo D. I. Suárez Peredo, «abundó» en el juicio del Sr. Labastida; pero me escribió antes carta de condolencia por los ataques que yo sufría en nuestro campo y expidió una Circular recomendaticia á que se hizo referencia en «La Cruzada Guadalupana.» El Sr. Obispo de Chilapa declaró «su más cumplida adhesión» á la carta condenatoria del Sr. Labastida; pero antes como HERMANO me llegó á escribir y me trataba como á un jefe á quien reunía algunos «reclutas en su diócesis.»

Esto fué al punto de que cuando encabezó la peregrinación mexicana á Roma llevó al P. Santo un escrito mío en que **ME DECLARABA YO AUTOR Y JEFE DEL MOVIMIENTO GUADALUPANO;** hecho y escrito que publiqué en «El Reino» de 29 de Julio de 1888. El Sr. Armas me pintaba arrojando «un puñado de lodo á las venerables canas» de mi Pastor; pero . . . también desfiguró la verdad, ya por las contradicciones en que incurrió en sus escritos respecto de mí, ya porque, en carta fechada el 8 de Agosto de 1890, el Sr. D. Jesús Prieto me decía lo siguiente: «que el Sr. Armas le dijo al cura D. . . . mi íntimo amigo, que **ERA TERRACISTA;** pero por *compromisos* con el Sr. Labastida necesitaba *aparentar* anti-terracismo. El principal *compromiso* de que habla el Sr. Armas es **EL OBISPADO DE TULANCINGO.**» En efecto, por *ese camino* llegó á él el Sr. Armas. El Ilmo. Sr. Vargas «ni antes ni después de la carta» del Sr. Labastida dijo haberme aprobado; pero en una ocasión en México me felicitó por mis trabajos y al Sr. Cura D. Manuel Tortolero le dijo en sustancia que **el Sr. Labastida había errado al condenarme;** el Ilmo. Sr. Portugal dijo que «siempre me había reprobado;» pero por medio del Sr. D. Genaro Brambila cuyas cartas conservo, me ACABABA de pedir suscripciones. El Ilmo. Sr. Carrillo manifestó «entera conformidad» con el juicio del Sr. Labastida; pero antes me había hartado de cartas de felicitación (*papeles hablan!*) En una de ellas *publicada en El Reino* en vida de este Prelado, me decía «que toda la nación estaba pendiente de mí» y su periódico «El Amigo del País,» ya citado, aseguraba que el Prelado creía en mi MISION. . . .

El Ilmo. Sr. Loza y el Ilmo. Sr. Arciga de diversos modos habían aprobado mi propaganda como lo puedo demostrar por sus cartas y la petición del último de *cien obras* de la «Bandera Guadalupana.» Por no gastar tiempo revisando papeles en que apoyar mi dicho, no hago referencia á otros Obispos.

¿Cómo los Prelados que me *reclutaban* adeptos, cómo los que me llamaban *hermano,* como los que me habían apoyado cuando el primer intento del Sr. Labastida de matar «El Reino» en su comunicación de Mayo 7 de 1888, no tuvieron una palabra de defensa para mí, siquiera por propia dignidad? Misterios de la flaqueza humana! Bien pude decir entonces á mis enemigos lo que el Salvador: «*Esta es la hora vuestra y el poder de las tinieblas.*»

En vida del Ilmo. Sr. Carrillo, y ni aún para defenderme, le quise echar en cara su carta de Junio 21 de 1888 en que me decía: «He tenido el gusto de recibir su apreciable carta de 15 del corriente, y en efecto, como en ella me ex-

presa haber adivinado, *Yo he sufrido y sufro en unión de usted todos los tormentos que por disposición de Dios le hacen padecer aquí en la tierra por EL MERITO de defender la santa causa DE LA RELIGIÓN Y DE LA PATRIA. También comprendo que la mayor aflicción de usted es lo que se llama LA PERSECUSION de los mismos buenos.* ¡Pero uada, amigo mío, vea usted en toda la mano de Dios que prueba á las almas y que más duramente las prueba cuanto más suyas son. En reserva diré á usted que lo que más me ha apenado es lo que ha venido sobre su empresa DE PARTE DE LA AUTORIDAD archiepiscopal »

Según el documento anterior, si fui rebelde al Ilmo. Sr. Labastida me ayudaron algunos Prelados . . .

La política Labastida-Alarcón me ha calumniado. Ya quedó probado con lo dicho respecto al P. Solé y á los escritores católicos que pintó el Sr. Labastida sirviendo á Luzbel; pero entre otras mil pruebas que sólo cabrían en una obra de varios tomos, daré otras dos. Me presentó como rebelde y que no admitía reglas; pero en "El Reino Guadalupano" (21 de Junio de 1888) consta que en un papel de puño y letra de S. Ilma., dado al Sr. Cura Macías y que quedó en mi poder, quiso que "no insistiera en mis consultas" consultas que hice en público el 13 de Mayo de 1888 y que se referían á la licitud de mi propaganda. El Prelado, pues, no pudo condenarla á las derechas y eludió la respuesta para calumniarme luego como rebelde.

Me pintó, además, como intruso en la dirección de conciencias y sobre este particular bordaron mil historias mis enemigos suponiendo que "invadía" terreno privativo del sacerdote.

Por carta que publicaré adelante del Sr. D. Jesús Velasco y de su hija la Srta. Josefina Velasco, se verá que el Sr. Labastida también me calumnió en este punto, pues expresamente y por escrito autorizó á varias personas que á él se dirigieron para que ACEPTASEN mi dirección.

La política Labastida-Alarcón ha hecho calumniar. En muchas ocasiones y en cartas certificadas que le dirigí, le pedí que rectificase los conceptos de la prensa católica, en unión moral con su condenación de 12 de Mayo, que me llamaba hereje, apóstata, cismático, energúmeno, y él nada hizo, á pesar de declarar después en su Boletín oficial de 26 de Julio de 1890 que *no había hecho el estudio correspondiente de «El Reino.»*

La política Labastida-Alarcón ha hecho calumniar. «El País» me pinta en lo pasado y en lo presente como rebelde, cismático, anticatólico y sin embargo el Ilmo. Sr. Alarcón me devolvió los sacramentos sin una brizna de retratación.

La política Labastida-Alarcón ha envilecido para fabricar mis perseguidores. El Sr. Cura D. Rosendo Pérez Iniestra me invitó á apadrinar en Milpa Alta la bendición de un templo á la Virgen de Guadalupe. El recibimiento que se me hizo fué verdaderamente entusiasta, y su descripción, *sin rectificación del Sr. Iniestra*, salió en «La Defensa Católica» y «Voz de México.» No sólo, después de ello, el Sr. Iniestra y su hermano me siguieron escribiendo como á su jefe: el primero, en carta de Octubre 18 de 1887 declaraba que yo era su "jefe que empuñaba con mano firme la Bandera patriótica" y por ello bendecía á la Virgen y el segundo en 20 de Enero del mismo año

me decía: *El destinado á cumplir una MISION DIVINA no debe morir.* Pues bien, yo el jefe, el destinado á cumplir una misión divina fué impiamente burlado por el Sr. Pérez Iniestra en un renitido de fecha 7 de Mayo de 1889 por mis sandez que provocaba risa . . . Yo creo que la risa ha de ser la de LA HISTORIA al ver hasta qué punto las intrigas y amenazas de un Prelado hicieron envilecer á sus párrocos que por un pedazo de pan pisotearon su convicción y al hombre de la misión divina y negaron lo que presencié un pueblo entero. Como premio, el Sr. Pérez Iniestra subió según me dicen, á Vicario foráneo de Amecameca.

La política Labastida-Alarcón ha envilecido para fabricar mis perseguidores. Sí, ha envilecido y ha sofocado la gracia hasta el punto de hacer pisotear sus JURAMENTOS á los sacerdotes!

El Sr. Cura D. J. M. Macías me escribía en carta de 28 de Marzo de 1889, censurando á los sacerdotes y «algo más elevado» que por pasar bien la vida no se preocupaban de los avances de los enemigos de la religión y la patria» y después el 12 de Mayo de 1888 me expidió el certificado que adelante copio y acerca de cuyo contenido llamo la atención, porque es un documento que prueba plenamente en contra de lo asentado en desdoro mío por el Ilmo. Sr. Alarcón é indica que es muy antigua la guerra que se me hacía en punto á dirección de conciencias, por lo cual se me extendía el referido certificado, que dice así:

«Un sello que dice: Parroquia de Santa María Guadalupe. Atlacomulco. — El Pbro. José María Macías, Cura párroco de Atlacomulco, certifico en toda forma de derecho, autorizado por el Sr. . . . y las jóvenes . . . como consta por los documentos que acompaño, que estas personas que hace algún tiempo se habían entregado á la virtud, últimamente han caminado rápidamente á la perfección por la divina gracia de que ha sido instrumento el Sr. D. J. J. Terrazas, pues este señor que está colmado de amor á Dios, tiene por la divina misericordia gran virtud para mover los corazones y animarlos á la perfección. Fuera de las personas mencionadas, conozco otras en las que ha hecho tanto fruto una sola COMUNICACIÓN con el dicho Sr. Terrazas que se ve claramente la gracia que Dios le ha concedido; yo mismo he experimentado algo EXTRAORDINARIO en mí, desde que Dios Nuestro Señor se dignó concederme la gracia de que permaneciese en mi compañía por algunos días, pues desde entonces me siento más animado á la santificación de mi alma, y cuando siento algún decaimiento me basta recibir una carta del referido señor para tomar nuevo aliento. TODO LO QUE ASEGURO POR EL JURAMENTO QUE HAGÓ EX VERBO SACERDOTIS. «Atlacomulco, Mayo 12 de 1888. — José María Macías.»

¿Qué le tocaba hacer á una alma tan persuadida de la licitud de mis medios y de la elevación de mis procedimientos? Lo que hizo, llamado y compelido por el Prelado, fué también envilecerse y escribir contra mí en 20 de Abril de 89 para que me dejara dirigir por sacerdotes, siendo así que en su carta de 28 de Marzo había declarado que ellos y algo más elevado solapaban la iniquidad . . . !

XIV.

Continuación del anterior.—El Sr. Vera, por haberme atacado, fué protegido y llegó á Obispo.—Su descuido en la parroquia de Amecameca.—Rehusa el Sr. Pbro. Pimentel la invitación del Sr. Labastida para aparecer arrepentido en mi contra.—Alejamiento de mis amigos.—Opresión á las conciencias para destruir «El Reino Guadalupano.»—Unas señoras se ven obligadas al «sigilo» hasta para pedir por mi comuniones.—Según el P. Chávez primero debe creerse el milagro, que el pecado de un sacerdote.—Los Obispos son proclamados «infalibles» por el Sr. Esparza.

Continuando los breves apuntes del envilecimiento á que el Sr. Labastida llevó á su clero, debo agregar que el Sr. Cura D. F. H. Vera, mi compadre, que en cartas que poseo me colmaba de elogios como «digno defensor de la religión» y me pintaba á sus feligreses «llenos de gratitud» para conmigo, dijo al Sr. Labastida en carta de 10 de Mayo de 89 que él y cerca de cincuenta mil feligreses suyos se adherían á la justa causa de S. Ilma. Mi bueno y leal compadre hizo carrera, y él, que había dejado crecer el protestantismo en Amecameca y descuidado la predicación, al grado de que el señor Sánchez Santos y yo lo estimulamos para que hiciese algo, y éste leía á los feligreses los sermones del P. Santander, se elevó rápidamente, llegó á Canónigo, fué director de «El Boletín Eclesiástico» desde donde me siguió tirando sin piedad, y por fin llegó á Obispo de Cuernavaca. . . .

La política Labastida-Alarcón ha oprimido las conciencias para perseguirme. Tanto en la primera como en la segunda época de «El Reino Guadalupano» la autoridad eclesiástica no ha procedido á puertas abiertas sino que ha ido por caminos cubiertos exajerando su poder para oprimir las conciencias y sembrando chismes para desprestigiar. Muchos de mis más adictos partidarios se han visto obligados á separarse de mí, oprimidos por el temor de graves males.

El Sr. Pbro. D. Vicente Pimentel, por carta fecha en Santiago Tlaxiaco el 3 de Septiembre de 1895 me autorizó para publicar que el Sr. Labastida lo había llamado para que hiciese algo análogo á lo que habían hecho los Sres. Macías é Iniestra. No lo hizo el Sr. Pimentel; pero algo grave me vino á ver en perspectiva supuesto que en aquella época totalmente se alejó de mí, lográndose así uno de los principales intentos de esa política: AISLAR.

El Sr. Cura D. Angel M. Barceló, de Hermosillo, era uno de los muchos que veían en mi obra algo extraordinario, al punto que me escribía en el mes de Abril de 1896, lo siguiente: «Paréceme que no me he engañado en considerar á vd. como el nuevo Juan Diego de quien se sirve N. M. Sma. de Guadalupe para derramar sobre su querida México sus más abundantes gracias y bendiciones.» Como se ve, no podía ser más partidario mio. Pues bien, en carta posterior, este amigo que trabajaba con ahinco en pró de nuestra causa, con expresiones recatadas y descubriendo sin querer descubrir la perse-